

Javier Aguado

A kantazo limpio

Memorias de un filósofo



© Javier Aguado, 2016

© ÇHØPSUËY FANZINË ØN THË RØCKS, 2016

1ª edición

2.0. Mejorada para lectura en dispositivos digitales

Impreso en el Hiperespacio



ÇHØPSUËY FANZINË ØN THË RØCKS

HAY COSAS QUE NO SE HACEN POR DINERO

Javier Aguado

A kantazo limpio

Memorias de un filósofo

ÇHØPSUËY FANZINË ØN THË RØCKS

UNO

No crean ustedes que busco su compasión si les digo que soy de Guadalajara. La razón de que vaya contándolo allá por donde voy es que desde muy pequeño me enseñaron a ir siempre con la verdad por delante. Pero no se trata sólo de una obligación. Cada vez que analizo el asunto a fondo, llego a la conclusión de que Guadalajara es una ciudad que me gusta mucho, me atrevería a decir que con locura, sobre todo cuando observo que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como cualquier ciudad. Y, como cualquiera, también la mía tiene dos partes claramente divididas: la una y la otra. Ambas me gustan por igual.

Sin que se conozcan los motivos, la gente no quiere visitar Guadalajara. Se excusan algunos diciendo que están muy ocupados y no tienen tiempo; pero bien que lo tienen para ir a la Riviera Maya. Otros alegan el temor de no encontrar una ciudad de la que se tienen escasas noticias. Con lo fácil que es dar con ella. Si usted sale de Madrid por la carretera de Barcelona, basta con que en el Km. 55 ponga un poco de atención y verá que ya está en Guadalajara. La mayoría de los preguntados no sabe o no contesta.

La ciudad está pegada a un complejo funerario de una magnitud que pone los pelos de punta. En él destaca por su altura el edificio que hace las veces de tumba, y que todo el mundo llama el Panteón. En su traza se ha logrado una armonía irrepetible entre lo bizantino y lo manchego. Hay también un colegio, del que se encarga la orden de las Adoratrices, unas monjas muy elegantes que usan cubiertos para comulgar. Ambos edificios forman el núcleo de una explotación agraria que nadie sabe hasta dónde llega. Una

tapia, con pujos de muralla, protege el recinto de una posible invasión asiática. Allí reside la muerta que mandó construirlo, rodeada de los suyos; los demás viven en la ciudad. Con el paso de los años este lado se convertiría, en la práctica, en un barrio madrileño, por lo que hoy puede decirse que los de Guadalajara –los del Panteón no– somos de Madrid.

Ahora también somos de La Mancha. Es una cosa de hace un par de días, pero ya nos vamos acostumbrando; como a todo. Poco diré de la región: no me gusta aburrir a la gente. Sólo quiero que sepan, por si hay quien lo duda, que hoy ya está demostrado que tiene una geografía y una cultura bien marcadas.

El accidente geográfico más célebre del país es ese milagro de la fontanería que une los ríos Tajo y Segura. Lo que no terminamos de entender los manchegos es por qué tiene que correr el agua por él. Queríamos tener un canal enorme –¿quién no va a querer una cosa así?– pero para llevar el agua al mar, que

es donde deben ir a parar las aguas, basta con el río. Sin embargo, los geógrafos dicen que un canal tiene que llevar agua. Porque sí, explican. Ellos sabrán.

En el aspecto cultural son infinitos los que piensan que La Mancha es el no va más. En cualquier rincón del planeta se sabe que aparece en un libro declarado patrimonio cultural; por tanto –saca pecho la infinidad– La Mancha forma parte de ese patrimonio. Es una forma de ver las cosas. La otra te lleva a extrañarte de que a estas alturas, a la vista de que el autor puso el país en su libro sólo como modelo de vulgaridad, los lugareños aún no lo hayan declarado *persona non grata*, y a extrañarte aún más de que sean ellos los primeros en celebrar y difundir la infamia. Como si en Lepe les diera por organizar un congreso de chistes sobre ellos mismos por el bien de la hostelería local.

«Nos importa un pito que se nos recuerde como aquéllos de los que no quería acordarse el que cuenta la historia de don Quijote», te

dicen los descendientes de Sancho. «Ya que otra cosa no está a nuestro alcance, al menos venderemos un par de quesos al que venga por aquí».

DOS

Paso a hablarles de mí. Pero antes de nada han de saber que el abogado me aconseja que cuantas menos cosas comente, mejor; en cualquier caso, que no diga por nada del mundo cómo me llamo: por el tema de las querellas. Les ruego, pues, que no insistan en conocer mi nombre. Lo que sí puedo decirles es que me dedico a la filosofía, pero sólo cuando alguien se mete conmigo.

Mi infancia transcurrió en la calle de San Roque. La ausencia de tráfico que hubiera podido provocar un accidente permitía que los chicos estuviéramos todo el día fuera de casa, si se puede llamar 'fuera' lo que no dejaba de ser una prolongación de la casa, y al revés.

De esa ambigüedad pronto intenté sacar algún provecho.

—Criatura —me decía mi madre desde el balcón—, ya va siendo hora de volver a casa.

—Pero si ya estoy en ella —le respondía.

Llámele dentro o fuera a la calle de San Roque —no vamos a discutir ahora por una palabra— en ella nos dedicábamos a jugar a la pelota y al escondite, cuando no tocaba romper farolas, o espiar y molestar a las parejas. Lo normal.

Éramos pobres, pero no nos enterábamos. Es natural. Si eres pobre, como si eres rico, o zurdo, lo eres a tiempo completo, vives hundido en tu condición, sin distancia para poder observar el cuadro a tu gusto y declarar, como quien observa un astro por el telescopio: «Ése que va por ahí —coño, si ése soy yo— es un pobre». Sólo después, cuando cobras esa distancia, empiezas a notar lo que no percibiste cuando lo estabas experimentando. Entonces descubres que tener en casa sólo un brasero, algo que te

había parecido totalmente natural, es nada más y nada menos que «pobreza energética». Así se explica que del frío que pasé no tuviera ocasión de enterarme hasta que no fui a la universidad y me hice antifranquista. Sólo entonces tomé conciencia de tanta escasez. Esta conciencia sobrevenida te puede marcar mucho. Algunos se quedan tan impresionados, que hacen de la misma lo más parecido a una profesión. En adelante pasan a ser pobres a conciencia, concentrados todo el día en la idea de que lo son, sin salirse ni un momento de la manifestación. No les queda tiempo para ocuparse de ninguna otra cosa, de tanta conciencia que padecen. Por eso se les llama concienciados.

Salir con chicas no formaba parte de ninguno de nuestros planes; todo lo contrario, huíamos de ellas al no ver por ninguna parte su utilidad. Donde estuviera un buen balón... El primer acercamiento, cuando se produjo, fue muy cauteloso: apedrearlas y poco más. Pero en seguida los más avisados supieron aportar a dicha actividad matices de

languidez y ensoñación. A ellas, sea dicho de paso, no había quien las entendiera; se ponían a fumar delante de tus narices las muy golfas, pero, una vez que te habían puesto caliente, no se dejaban meter mano.

A pesar de lo mucho que jugábamos, aún quedaba tiempo para ir al colegio. Dados los escasos recursos económicos de mi familia, podría extrañar mi ingreso en una escuela de pago si no explico que costaba menos que las públicas, en las que se pagaban las famosas «permanencias». Que fuera tan barata no se debía a que estuviera subvencionada por alguna sociedad filantrópica, sino a que la dueña, y maestra única, no gastaba ni un céntimo en su mantenimiento.

Llegaba a tal extremo el estado ruinoso de todo lo que había allí, maestra incluida, que no era infrecuente que se derrumbase de pronto un pupitre. De la reparación del mismo nos encargábamos los alumnos. Después, a esperar que volviera a derrumbarse.

El colegio disponía sólo de una habitación –no había patio para el recreo–, situada encima de una vaquería. En un espacio tan reducido, y atendidos por una persona, cuyas funciones iban desde la dirección hasta la conserjería pasando por la docencia, se amontonaban los diferentes cursos. El método pedagógico consistía en que la maestra iba convocando a su alrededor a los diferentes grupos, uno por curso. Mientras le preguntaba la lección al convocado, el resto quedaba en una especie de limbo en el que no había manera de saber si se estaba en clase o en el recreo. La mayoría optaba por pensar que estaba en lo segundo.

El caos imperante permitía que algunos de los mayores sometieran a los más pequeños, en la misma clase y a pocos metros de donde se sentaba la maestra, a las sevicias que en centros mejor equipados, y con un concepto más avanzado de la pedagogía, quedaban reservadas a lugares más discretos. Aún recuerdo, como una pesadilla, el día que me tocó ponerme en la fila de los que debían

chuparle la polla al veterano. El consuelo de que se cansara antes de que me tocara no compensó, ni entonces ni después, la vergüenza de saber lo que hubiera hecho yo si aquel sujeto, además de un hijoputa, hubiera sido constante en sus proyectos.

Aunque pobre, la naturaleza privada del colegio le otorgaba un toque sutil, un aura, un no sé qué de elegancia. Si era mixto, le faltaba muy poco para no serlo. Apenas había chicas en él. Sin embargo, con motivo de una inspección oficial, como se nos mandara sólo a los varones de excursión el mismo día, corrió el rumor, que sigo creyendo, de que el colegio estaba registrado ante el ministerio como colegio femenino. En ese colegio para falsos ricos, oficialmente femenino, pero prácticamente masculino, estudié yo.

TRES

Las premisas de mi vida ya estaban puestas: dificultad para saber si, cuando me encontraba en la calle, me encontraba fuera o dentro de mi casa, y viceversa; ambigüedad de todo lo que ocurría en mi colegio, incluido lo que le sucedía a su misma naturaleza; una ciudad que, siendo capital de una provincia, iba en camino de convertirse en un barrio de otra, con el añadido de no poder precisar si se halla en el límite de la Alcarria que da a la Campiña o en el de la Campiña que da a la Alcarria. ¿No es natural que en el discurso de mi vida haya tenido siempre presente que todo tiene dos caras?

Una duda universal circula a través de las cosas, ninguna de las cuales se fía de ser realmente lo que es. Una incongruencia

juguetona y revoltosa tiene mareada a la realidad. Nada se está quieto. Nadie bebe dos veces del mismo vaso, ni siquiera una, pues un flujo profundo hace que, antes de que cambie, el vaso ya sea otro. Todo está al revés. Habla el que debería callar y escucha el que debería hablar; el único que no llora en los entierros es el muerto.

La gente no, pero yo sé quién es el responsable de que el ser tenga esa manera tan rara de ser. La gente piensa, se ve que sin pensarlo, que todo ser es lo que es, y se queda tan tranquila. Cree que un objeto determinado, una vez que ha sido fabricado, no necesita que nadie lo ayude para ser ese determinado objeto; que una palangana es una palangana, así sin más, o que la región de Cochín se basta a sí misma para ser la región de Cochín, como si tuviera plena soberanía para ser lo que es. Eso es mentira. Lo sustantivo de las cosas no está en ellas sino en su nombre. Todo es según la palabra con que se dice. No hay nada detrás del verbo. ¿La vida? Un cuento.

Sigo con el de la mía.

Para mi primera comunión se empeñaron mis padres en disfrazarme de almirante, cuando les había insistido en que quería ir vestido de un modo sencillo, con el uniforme de campaña de los boinas verdes. La conciencia la llevé muy negra, ya que comulgué cometiendo un pecado mortal. No digo que estuve pecando por un lado mientras comulgaba por otro –a tanto no llegaba mi capacidad– sino que la comunión fue el propio pecado. Esto hay que explicarlo.

Por aquella época –hablo de los ocho años– ya empezaba a practicar, como autodidacta, unos ejercicios que prefiguraban *in nuce* lo que terminaría siendo, aunque con gran aparato y mucho alboroto, una masturbación. Consistían dichos ejercicios en ponerme boca abajo en la cama y restregarme como si me la estuviera follando, una clase de movimiento que le será familiar a cualquiera que haya visto algo de porno. Puede afirmarse sin temor a errar en lo esencial que aquella

actividad no era exclusivamente atlética –una especie de abdominales ejecutados por una culebra– si se tiene en cuenta el hecho de que, a la vez que la llevaba a cabo, pensaba que la catequista que me preparaba para la primera comunión era mi hermana mayor y me ayudaba en todo.

Ahora los curas son muy permisivos, y no ven pecado por ningún lado. Todo lo comprenden; lo importante es que haya amor, poder cantar juntos.

—Padre, no puedo dormir desde que violé a un niño...

—Eso no es nada, hijo. Escrúpulos tuyos.

—... y luego me lo comí.

—Ten cuidado con esa gula.

Los curas de mi época no toleraban siquiera, si no querías terminar en el infierno, que te movieras en la cama.

Estaba claro que, antes o después, iba a tener problemas con la iglesia. El primero se produjo el día de mi primera comunión.

Entonces se pensaba que había que comulgar teniendo la conciencia limpia de todo pecado mortal. Si no lo hacías así, cometías otro pecado mortal. La limpieza se conseguía mediante la confesión.

Así que fui a confesarme antes de comulgar. Nadie me había dicho que la confesión no tiene por qué ser un relato detallado del pecado, sino que, como enseña Trento, basta con nombrar la especie, el número y las circunstancias relevantes. «Padre, he pecado contra el sexto. Cuarenta y dos veces. Pensando en una MILF». Y ya está.

Pero yo estaba convencido de que mi deber era hablarle al cura de aquellos movimientos con todo tipo de detalles. Pensé que tendría que precisar la dirección y la cadencia: primero hacia arriba y luego hacia abajo, primero despacio y luego deprisa; ubicar con exactitud topográfica la posición del calzoncillo, si muy caído o algo menos; meter, por último, a la catequista en la historia.

Naturalmente, no fui capaz; y el que había imaginado durante mucho tiempo como un día maravilloso, en el que sería el protagonista absoluto del grupo de familiares y allegados, paseándome en mitad del convite acompañado de un aplauso general y continuo, con la cantimplora, la metralleta y el resto del uniforme de comunión, se convirtió en uno de los más lúgubres. Y así, en pecado mortal, estuve muchos años, sin librar un solo día. Todo, por no saber resumir.

Ésa fue mi primera experiencia religiosa.

De política también empezaba a tener alguna idea, si bien más fantástica: la de un mundo de fábula habitado por héroes legendarios, como aquel terrible Vagamonte de los libros de caballería, un portentoso cazador y pescador surgido de las brumas galaicas, cuya impetuosidad lo llevó en más de una ocasión a no ceñirse a lo estipulado en su licencia de armas, que por algo era un semidios.

De él descendía el señor de El Ferrol que mis padres me presentaban como ejemplo de persona cumplidora y laboriosa. Todo el día estaba ocupado, yendo de un sitio a otro, y siempre tan alegre. Entre los muchos oficios que me dijeron que tenía, estaban los de Caudillo, Cruzado, Ingeniero de Obras Públicas y no sé cuántos más. El de Franco creo que fue el empleo que más le duró.

De los años de mi infancia también recuerdo que una tarde vi pasar a un negro.

CUATRO

Llegó un momento en la carrera de mi vida, cerca ya de los diez años, en el que fui sacudido por una gran pasión. Me entraron unas ganas verdaderamente locas de entrar en la Organización Juvenil Española. En aquella institución falangista, heredera del ardoroso Frente de Juventudes, tendría la oportunidad de llevar uniforme militar, desfilas en las procesiones de Semana Santa, jugar al billar y leer tebeos, me aseguraban amigos que ya eran socios. La OJE no me falló en ninguno de esos aspectos. Tengo sobre todo la satisfacción de poder afirmar, sin temor a que ningún testigo me desmienta, que mi escuadra desfiló en las procesiones más distinguidas de la ciudad, en las que fue muy celebrado nuestro paso sencillo, sobrio; adornado, sí, con alguna galanura, pero sin

caer en los aspavientos grandilocuentes de la escuela germánica.

Allí también me formé en el billar, el futbolín, el dominó, el petaco y otros juegos de salón, siempre con el cigarro en la boca, una condición imprescindible para abordar dichas actividades con algún éxito. En este terreno la OJE, con sus precios inigualables, hacía una competencia muy dura a locales tan acreditados en el ramo del ocio juvenil como los billares del Orejas. También disponíamos de una cantina, para que fuera completa, según el mando, la instrucción premilitar.

No todo fue desfilas y fumar. Había llegado el momento en que uno quiere enamorarse, aunque me daba mucha pereza pensar en quién. Mientras me aclaraba sobre ese particular, me mantuve completamente fiel a la masturbación; y ella a mí otro tanto, por lo que jamás seré de éstos que la mencionan con desdén. Practiqué el sexo solitario, que dicen algunos, a la espera de que apareciese al menos una muñeca hinchable. Los más

imaginativos y ambiciosos de nosotros ya comenzaban a tener claro del todo que querían ligar con chicas de carne y hueso, aunque éstas sean menos cariñosas. De follar apenas se hablaba porque nadie sabía muy bien para qué servía, aunque intuíamos que para decir que lo has hecho.

Lo mejor de la OJE eran las excursiones. Todos los años viajábamos, para rendir armas ante la tumba de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, al Valle de los Caídos, donde lo pasábamos bomba. También nos llevaban a otros sitios, en especial a lugares de categoría, como Toledo, Cuenca y Madrid-Barajas; al último, con objeto de contemplar esos objetos fascinantes que despiertan en nosotros los sueños más maravillosos: los aviones y las actrices americanas. Siendo consciente de mi carácter impresionable, no me atreví nunca a salir a la terraza desde la que casi se podían tocar los aviones. Me conformaba con sentarme delante de un cartel enorme que anunciaba todos los vuelos. En él no cesaban de cambiar

los lugares de destino y procedencia, las salas de embarque, los retrasos... Qué vértigo le entraba a uno ante ese frenesí. La única decepción que me llevé fue la de no coincidir, entre tantos anuncios, con el de la llegada o la partida de alguna actriz. Le hubiera hecho una foto bien bonita al cartel.

De la ideología falangista no recuerdo que nos hablara nadie en la OJE. La razón principal fue que allí no había nadie para hablarnos de nada, a excepción del señor Julián, que trabajaba como encargado de la sala de juegos; pero él ya tenía bastante con regañarnos por la cantidad de cosas que rompíamos. Los responsables de armonizar en un mismo discurso las estrellas y el sindicato, los puñetazos y las montañas, eran funcionarios, no apóstoles, y es bien conocida por todos esa ley natural, eterna, sindical, que evita que la función pública salga del despacho, único modo en el que podríamos haber recibido, entre carambola y carambola, aquella mística a la vez que viril instrucción. No fue posible, pues, el encuentro entre guía

y guiado, entre maestro y discípulo. El rayo doctrinal no pudo atravesar las densas nubes de pólizas, circulares y estadillos del negociado de propaganda.

CINCO

Contrasta con la sequía comunicativa de la Falange, propiciada en cierta medida por el laconismo a lo militar de sus funcionarios, la compulsión difusiva que aqueja a quienes, de tanta prisa que les corre por difundir lo que sea, no se informan previamente de eso que quieren difundir. Enseñan lo que no han estudiado, cosa que no les importa mucho, pues, con tal de transmitir, se contentan con transmitir la ignorancia. No cabe duda de que la divulgación es una cosa muy buena, pero siempre que ellos se pongan en el lugar adecuado, que no es otro que el de quien puede beneficiarse de la misma.

La manía comunicativa puede atajarse fácilmente en la adolescencia, pero para ello

hace falta que los padres y profesores estén atentos a los primeros síntomas. Hay que actuar inmediatamente si el crío quiere colaborar en la revista, o en la emisora, del colegio. También les gusta mucho retozar en lo común, en lo comunicado. En mi juventud solían ser comunistas. Tuve trato con algunos.

Los que yo conocí se reunían en una casucha medio derruida que habían alquilado unos hermanos para usarla como taller de actividades manuales. En ese chamizo se entretenían los hermanos con sus cosas, sin mayores pretensiones que las que puede tener el preso que, para no aburrirse, se fabrica una navaja con lo primero que encuentra, o las del que, sin saber en qué ocupar las tediosas horas de incumplimiento laboral, termina por hacerle a su mujer un collar con huesos de aceituna. Los hermanos eran eso que siempre se ha conocido como ‘unos manitas’. Hacían virguerías con el alambre.

Para reducir gastos, decidieron compartir el taller con unos conocidos suyos. Uno hacía cosas muy graciosas con unos tapones de corcho, otro montaba un bergantín con una lata de sardinas y media docena de mondadientes, un tercero aprovechaba un poco de cartón y otro poco de cuerda para hacerse unas sandalias de ésas que habrán visto ustedes a menudo, de estilo meditación. Mejor eso que andar por ahí emborrachándose. También hubo quien se atrevió con el dibujo, que ya es otro nivel.

Llegó más gente. Los nuevos no vieron qué mérito tenía hacer esas cosas habiendo adquirido previamente el arte de hacerlas, como un vulgar artesano, o a lo sumo como un artista conservador. Ellos aspiraban a mucho más; querían ser creadores. Para ello no es necesario aprender nada; más bien estorba el aprendizaje, porque mata la espontaneidad. Con la libertad que concede no saber qué hacer ni cómo hacerlo, uno decidió que era un artista abstracto, ya vería más tarde en qué campo del arte; otro, un

incomprendido. Alguno descubrió que su propia vida era una obra de arte, que situó muy acertadamente en la corriente minimalista. «Lo importante es lo que sientas dentro de ti; pasa de lo demás».

Va de suyo que tenían que ser también intelectuales. Si eres artista de verdad, debes pronunciarte sobre la estanflación, la calidad de vida de las cucarachas y el Concilio de Nicea. Por esta vía alcanzaron la condición de pensadores, y no por la trillada de enlazar una idea tras otra siguiendo las reglas de la lógica, que es el método que sólo sigue el que no sabe que razonar es cosa de creadores. También va de suyo que el método idóneo para ser un intelectual es hablar del modo que se espera de alguien así, como comprendió aquél que mostraba su afición por los viajes a nivel de auto-stop porque es el mejor modo de realizarse a nivel interhumano, o el que atribuía las victorias del Capitán Trueno a que la correlación de fuerzas siempre le era favorable.

La cosa no tenía vuelta atrás, y el viejo taller de artesanía se convirtió en un taller de agitación artística y provocación ideológica, una especie de ateneo juvenil si se me permite la paradoja. También servía –era polivalente– para los guateques.

SEIS

Aquél fue uno de esos lugares donde prospera un tipo humano al que me he referido más arriba y al que la psicología clínica conoce con el nombre de ‘concienciado’. Cualquiera de ustedes sabrá de quién hablo porque habrá tenido que lidiar con él en no pocas ocasiones. Era aquél que sabía más cosas de ti que tú, el que te sacaba los colores porque tu conciencia no estaba concienciada.

En aquellos años proliferaron los que habían adquirido conciencia de que el régimen democrático es en realidad una dictadura de la burguesía, a la que habría que oponer, según los que se encontraban en un grado más agudo de concienciación, la verdadera democracia, que es la dictadura del

proletariado. Eso tú no lo sabías porque estabas alienado, te decían; porque eras gilipollas, entendías. En seguida aparecieron aquéllos para los que nada de lo que haces se debe a lo que tú crees. Así, si te rascas la cabeza, es porque tu sexualidad deja mucho que desear; si no te la rascas, por lo mismo. También pertenecieron a la orden de la Concienciación ésos según los cuales, se haga lo que se haga, todo está al servicio del sistema. La misma lucha contra él forma parte de su estrategia de perpetuación. Esto es así porque el sistema está dentro de nosotros, cosa que sabe cualquiera menos tú, decían a cualquiera con el que se encontraran. Y pertenecen hoy las que no pasan por alto que, cada vez que abres la boca, perpetúas con tu lenguaje el machismo que no ve en el cuerpo de la mujer más que un cuerpo.

A lo largo de la vida he tenido que soportar a unos cuantos de estos personajes, todos ellos empeñados en ser continuamente profundos. No digo que no lo sean, sólo que lo son sin

ton ni son, a lo tonto. Es lo que les pasa a todos los que van, sin pensárselo dos veces, al fondo de las cosas: luego hay que llamar a los bomberos para que los saquen. Sepultados allá abajo, a oscuras, no ven nada. Se parecen a los topos pero sin la habilidad de éstos. Desconocen que la superficie es lo mejor que se ve de cualquier cosa, ahí donde le da la luz. El conocimiento es superficial por definición. Si cortas un objeto por la mitad para ver qué hay dentro de él, te topas con las dos caras de la raja que le has hecho; el resto queda oculto. Si sigues troceándolo, en cachos cada vez menores, el ojo siempre chocará con alguna superficie. El concienciado jamás lo sabrá porque no tiene la paciencia necesaria para ponerse a cortar poco a poco, de fuera adentro, profundizando gradualmente, y así descubrir la infinita superficialidad que esconden las cosas. Condenado a una eterna juventud, quiere ser profundo desde el principio, sin ningún esfuerzo, como si lo fuera desde el mismo día de su nacimiento. Por ello lo es de un modo superficial. Si

ustedes quieren que les dé un consejo, sólo les diré que no lo imiten por nada del mundo; al contrario, fíense del sentido de la obviedad, el más sano de todos, y procuren por todos los medios a su alcance y con la máxima energía de la que dispongan ser intensa, profundamente superficiales.

Concienciados hasta las orejas y con una incorregible necesidad de comunicación y difusión, los del taller de arte y ensayo del que me ocupó tenían todo lo que necesitaban para salir a la calle y presentarse ante el universo en unas jornadas culturales de la hostia. En la sección literaria se recitaron unos poemas del compañero Miguel Hernández. La lectura fue acompañada por el público con una salva continua de aplausos, hurras, bengalas y cohetes, más que justificada por los huevos que le echaron los que leyeron, con la pasma rondando por allí. En la de artes plásticas triunfaron unas viñetas que se metían con la dictadura. Todo el mundo se partía de la risa con ellas, aunque no pudo faltar quien las despreciara

por ceñirse demasiado a la eterna figuración que no quiere saber nada de los nuevos lenguajes estéticos y que bloquea el camino que debe recorrer el tebeo español hasta llegar al expresionismo abstracto. Por último, en la musical se disfrutó hasta no poder más de un concierto para verbena y trompa. Puede decirse que no faltó casi de nada aunque casi todo lo que hubo fue lo mismo que nada. En todo caso «lo importante fue que la gente respondió».

Frecuenté durante algún tiempo su sede a causa del trato que mantenía con bastantes de los novicios. Allí aprendían a amar por encima de todas las cosas lo que se decía que había dicho Marx, y que todo el mundo conocía con el nombre de marxismo. Que algo tan enrevesado como eso, no se sabe aún si una jerigonza mucho más cercana al culto a Hermes que a la claridad científica o un galimatías sin pies ni cabeza, pareciese evidente a unos menores de edad fue un fenómeno tan milagroso como que unos niños de Fátima hablaran con la Virgen en

una época en la que ella ni vivía en Portugal ni se había puesto a aprender portugués.

Para que tuviera lugar el prodigio hubo que quitarle la letra al marxismo. De eso se encargó sobre todo uno que tocaba muy bien el pico de oro. Bordó el trabajo. Fue capaz de convertir una cosa tan pedregosa como esa doctrina en una melopea embriagante, en verdadera música celestial. Para ello nunca echó mano de esa gramática escolar que enseña por dónde cae el sujeto de una oración y cómo se distingue un complemento indirecto de un aeroplano: un conocimiento sin el cual no puedes saber si te están invitando a una boda o si eres el novio, pero que hace menos falta, por lo que se ve, para saber que eres un camarada.

Nadie echó en falta la letra de la canción. Por eso no supo nadie que algunas sílabas se juntaban con mucha frecuencia para formar el sintagma nominal ‘dictadura del proletariado’.

SIETE

Me aburrí pronto de ese local revolucionario, más que nada porque, a diferencia de lo que había conocido en la OJE, allí no había ni billares ni futbolines. Además, siempre me ha gustado hacer las cosas paso a paso, metódicamente; así que no iba a hacerme comunista cuando no había avanzado nada en mis todavía muy verdes especulaciones sobre si era mejor la solidaridad o el egoísmo, servir o ser servido, tener camaradas o comprar esclavos.

Se me hizo saber que dudas como éstas podían arrojarme al nihilismo. Aunque fascinado por expresiones como 'ser arrojado' y 'nihilismo', en las que veía el prestigio de lo diabólico, no me atrajo nada la idea de sacarme el carnet

de nihilista. A esas alturas de mi vida el único que quería tener era el de yo, y ya me parecía demasiado.

Sin tener ningún sitio en el que pasar las tardes, me hice paseante. Desde entonces pasear es mi actividad preferida, la que ejecuto con más cuidado y la que se me da mejor, aunque también soy muy bueno sentándome.

La gente llama paseo a cualquier cosa, pero el verdadero exige silencio y soledad. El paseante es solitario por definición, como el león es fiero; el chino, cruel; la sueca, maciza, y el funcionario, vago. Hay gente que camina, pero sólo para ir a algún sitio; el paseante no quiere ir a ninguno. Sabe que el paseo puro, sin mácula, es el que tiene lugar donde no hay nada que hacer. Por eso elegí un descampado.

Quiso la previsión humana que por aquella época, gracias a un esfuerzo descomunal, surgiera de la noche a la mañana, lindando con la de siempre pero más grande, una ciudad a la que lo único que le faltaba era ser

habitada. Al contrario de lo que es costumbre –poner las casas y después las calles– en la nueva Guadalajara se empezó, con muy buen criterio, por las calles, ante el crecimiento demográfico que se preveía. Fallaron los cálculos, y tardaron unos cuantos años en aparecer las casas. En el ínterin el paisaje rozó lo fantástico: un descampado sometido a geometría, la naturaleza dividida en parcelas, puro racionalismo francés. Como quien se siente en un Versalles de secano, paseé durante años por aquellos solares. Por desgracia, la codicia inmobiliaria los arrasó. Hace tiempo que fueron invadidos por bloques de viviendas, en las que además, como ya denuncié a quien correspondía, se metió la gente a vivir.

Pero quizá tenemos ahora la oportunidad de evitar errores pasados. El momento es propicio. La multiplicación milagrosa, experimentada en los últimos años, de parcelas tan vacías como las que conocí es una ocasión ideal para conceder, si no a todas, al menos a algunas, la denominación

de espacio protegido. Una buena razón para ello es la de tratarse de un endemismo peninsular.

Un pensamiento me tuvo entretenido en muchas de aquellas caminatas. Ya he dejado caer que incluso ser un militante de mí mismo me parecía excesivo. Si creía tal cosa, era porque entonces andaba leyendo a Nietzsche, que tiene escrito que no hay que ser esclavo ni del propio yo.

También dejó escrito, y esto es más gordo, que uno tiene que estar por encima de todo; y cuando él dice todo, quiere decir todo. Esto lo entendí de maravilla. En vez de hacerme ingeniero de caminos, como había pensado durante años, me haría Dios, que es más, como piensa cualquiera que no sea ingeniero de caminos. Para empezar, cambiaría la tercera ley de Kepler, aunque sólo fuera por enmendar la plana al profesor de Física, que en todos los exámenes se empeñaba en llevarme la contraria sobre ese asunto, con gran disgusto de mis padres. Ya me frotaba

las manos imaginándolo obligado a estudiar la mía. Pero aspiraba a ir aún más lejos que Dios –todo quiere decir todo, recuerden– que es incapaz de cambiar el pasado. Yo haría que lo que ya había sido de un modo hubiera sido de otro. Ambición nunca me ha faltado.

Mi ateísmo me llevó, como suele ocurrir, a tener mucho trato con los curas. Ellos querían demostrarme, por unas vías que se sabían muy bien, la existencia de un ser necesario, y a mí me convencían sus argumentos, pero había algo que no terminaba de entender. Muy bien –les respondía– es necesario que exista Dios, pero lo que no es tan necesario es que lo sea ese señor y no yo.

—Pues te tendrás que aguantar, porque no lo eres.

—Me aguantaré si me da la gana, no te jode.

A mí no me iba a decir nadie lo que tenía que hacer: ni Dios ni el Hombre ni el Pueblo. Ni el Yo, le dije a mi yo, que se hacía el tonto. El yo es nuestra parte muerta, lo que va

petrificándose en nosotros según vamos haciendo cosas. Lo que haces te define, y, cuando te quieres dar cuenta, eres prisionero de algo que ya no eres tú sino tu yo.

Yo no estaba entonces en condiciones de saber que con esos pensamientos te metes en una aventura que siempre termina mal. Al poseído por esa rebeldía que le lleva a sublevarse contra sí mismo no le queda otra que ir renunciando a todo lo que va llegando a ser. Su destino pasa a ser una fuga incesante, un nomadeo sin meta alguna, una insatisfacción que todo lo devora, un recorrido por la nada.

Primero, no quieres ser lo que eres, de las ganas que tienes de ser cualquier cosa que no haya sido nadie, ni siquiera tú; después, en cuanto has probado unas cuantas veces a ser una de esas cosas que no ha sido nadie, ni tú siquiera, sabes que en el futuro tampoco querrás ser durante mucho tiempo ninguna de las cosas que pudieras llegar a ser, porque sabes que en seguida querrás ser otra, y así

hasta el infinito; más tarde, sin esperar a que llegue ese futuro, decides no querer ser nada de lo que podrías llegar a querer ser. Y así, a lo tonto, te has puesto al borde de la Nada. En esta situación extrema, en la que, de tanto querer ser cualquier cosa, al final no se quiere ser nada, unos se meten en la cama para siempre, otros se van a Africa, de misioneros o de mercenarios, según por donde les dé. Los hay que se hacen del Atleti.

OCHO

No piensen ustedes que ignoraba que tenía que enamorarme. Lo sabía perfectamente. Pero no veía cómo afrontar un reto, como el del amor, que siempre he juzgado literario. Amar a alguien es declararle tu amor; y además, en verso. Si no eres poeta, no tienes derecho a estar enamorado. A lo sumo podrás decir que quieres construir una relación personal con una persona, que estáis hechos el uno para el otro, que te hace tilín... Pero amor, lo que se dice amor, ni hablar. Pues bien, a mí escribir nunca me ha gustado. Naturalmente, esto me cerró las puertas al amor. No quiero pensar lo lejos que hubiera llegado yo con la mujeres si no hubiera sido por el dichoso requisito de la declaración.

El vaivén en que consiste la vida quiso que, en vísperas de hacerme nietzscheano, probara los escrúpulos religiosos. Me hice beato. Me busqué un confesor. No daba un solo paso sin consultarlo con él. Menos mal que el buen hombre se empeñó en prohibirme, cuando se me ocurrió el plan, que montara un número en el burdel de la ciudad. Mi propósito era animar un día a los clientes a rezar conmigo el rosario. Lo que nadie pudo evitar fue que mi trato con las putas no pasara de darles un beso en la frente.

Nietzsche no me cayó del cielo, seguramente porque no estaba allí. Tampoco es que se tomara la molestia de venir del infierno a darme unas clases particulares. Ya ven, otro que pasa de Guadalajara.

De él me habló un profesor del que tengo que contar un par de cosas, ya que de toda mi adolescencia no recuerdo nada ni nadie que me causara mayor, mejor y más duradera impresión. En él se dieron a la par el cultivo

de la ciencia y de la mala vida. Es más, el estudio y el vicio se alimentaban mutuamente; unas veces por el uso de drogas para poder estudiar toda la noche; otras, por el carácter doctrinal de sus borracheras, todas de tomar apuntes. Fue inevitable mi admiración a quien, entre muchos méritos enjundiosos y feroces, parecía hacer del estudio una especie de delincuencia, y al revés, de la delincuencia materia dogmática, credo intempestivo. Quise ver en él una inédita, sarcástica, unión de las armas y las letras, del furor y el sosiego.

Vivía de dar clases –ya lo he dicho– pero jamás perdió la dignidad. Para empezar, era alto. Esto es muy importante, porque ¿a quién puede convencer de nada un señor bajito? Añádase a ello la figura majestuosa, el porte grave y altivo, el andar pausado, los ademanes soberbios. Todo en él, empezando por la osadía en los juicios, contrastaba con el ridículo e inútil hormigueo laboral de sus compañeros. Mentiría si dijera que fue un profesor muy estricto, pero nunca toleró el

desorden en clase. Es lo mínimo que debe exigir un profesor que quiera leer el periódico en paz. El orgullo le tenía prohibido el trato con indocumentados. Sus amigos no lo eran en absoluto. Casi todos conservaban el carnet de presidiario.

Sabía ser teatrero. Acababa de empezar el curso, cuando entró un día en clase, y sin mediar palabra escribió en la pizarra: «No hay hechos morales; sólo, una interpretación moral de los hechos». Y puso debajo el nombre del autor: Federico Nietzsche. Siguió callado el resto de la hora. Aún me dura el efecto.

Sin dudarlo ni un instante unos pocos decidimos, y él lo permitió, hacernos sus discípulos íntimos. Lo llamábamos ‘maestro’, un tratamiento en cuyo anacronismo se mezclaba una real devoción con alguna gota de retranca. «Maestro, predícanos alguna barbaridad nietzscheana», y él, aunque siempre mosqueado por ese título

polvoriento, cumplía con creces, escandalizándonos todo lo que queríamos.

Qué orgullosos estábamos de nuestro corrosivo profesor. Huelga mencionar cuántos y cuán intensos eran nuestros lamentos porque apenas pisara el aula, siendo el único al que no le deseábamos, como es tradición entre el estudiantado, una dolencia de éstas que exigen reposo, y luego más reposo, y luego más, y más... , hasta que el oncólogo ya no puede hacer nada. Había, sin embargo, poderosas razones teóricas que impedían acercarse por allí a quien, a causa de su rigurosa formación grecolatina, se debía, con palabras suyas, a «la divina inutilidad que descubrieron y perfeccionaron aquellos sabios de la eterna Hélade». Seguramente fue su compromiso existencial con esta doctrina venerable –recuerden que la teoría no es nada sin la praxis– la causa de que no tardara en despedirse, o en ser despedido, del trabajo.

Pero antes tuvimos los discípulos ocasión de acrecentar nuestra admiración cuando se fugó con una alumna. No cogió una alumna cualquiera, del montón; la que se llevó venía de un internado de monjas. Por la ciudad corrió el rumor de que la chica había sido seducida con la promesa de un futuro en el que se mezclarían la lectura severa de los presocráticos y las delicias del amor helenístico, pero que el verdadero plan era –aquí nuestra admiración se trocó en fanatismo– arrastrarla a un burdel regentado –y aquí ya pasamos directamente a la idolatría– por su mujer. Era lógico que se pensara eso de la esposa, porque parecía francesa. Unos días después, la policía encontró a la pareja de amantes neohelenísticos en una pensión de Madrid. Enterado de la vuelta, fui corriendo a felicitar al maestro por la trama luciferina que él negó con modestia.

Que su mujer regentara un burdel –no digamos ya que fuera francesa– es algo que la ciudad entera descartó el día que se la vio

comulgar con mucha devoción en la misa solemne celebrada con motivo del paso por la ciudad del brazo incorrupto de Santa Teresa de Jesús, o del de Franco, ahora me hago un lío; aunque los más suspicaces pensaron, tal como también pensamos sus incondicionales, que el motivo de la comunión en un acto tan concurrido no podía ser otro que cortar de raíz aquellos rumores.

Con el tiempo el maestro se casó con su mujer, hasta entonces mera barragana suya, un empleo que, en el escalafón del amor, equivale como mucho al de secretaria. No sólo se casó, sino que siguió viviendo con ella. Ustedes responderán que es lo natural, y alegarán dos razones: la primera, que la boda no es un acto autosuficiente, encerrado en su perfección, sino el comienzo de una convivencia, por breve que sea ésta; y la segunda, que es una redundancia afirmar que uno está casado con su mujer. Admitiré lo primero porque hoy estoy de buen humor; pero niego que sea necesario estar casado con la propia mujer, como demostró a toda la

ciudad un empleado de abastos con cuya amante pasaba más tiempo que con la otra, la había conocido antes y –esto es definitivo a la hora de saber a quién le corresponde el título de señora– era más fea. No es tan fácil como se piensa poner a cada miembro de la familia en su sitio.

NUEVE

No tendría ningún sentido que hablara de alguien al que llamo mi maestro si no dijera nada de la materia en la que demostró su magisterio. Si hablas de un enseñante, tienes que decir qué enseñó. Él fue el encargado de mostrarnos todas las ventajas que tiene haberse conocido.

Lo razonaba así:

«La primera ventaja –esto siempre se ha sabido– es que te permite estar contento de ello, no necesariamente porque te lo pases bien observando todo lo que te encuentras, sea lo que sea eso que te encuentras –tú, por ejemplo– sino porque lo que contemplas –tú mismo– ves que está muy bien. Y te alegras, cómo no.

No puede ser de otro modo. Sólo en situaciones extremadamente graves la gente quiere morir. Vivir nos gusta. Más aún, nos gusta llevar la vida que llevamos, pues ¿qué otra sino su propia vida es la que permite a cada uno saber que vivir es agradable?

Si uno es su vida, y ya os digo yo que lo es, basta con estar contento con la tuya para estarlo contigo mismo. Por eso no me canso de decir, allá por donde voy, que ser yo es lo mejor que me ha podido ocurrir, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo».

Le gustaba mucho repartir estopa a diestro y siniestro. Qué pena que eso no causara el mínimo contento en ninguno de los dos lados. Si los de derechas le dieron alguna paliza, según me contó, no fue porque simpatizara con los de izquierdas, sino por hablar cuando hay que estar callado, como hay que estarlo, al menos en Guadalajara, cuando pasa una procesión. Él no se calló el día que pasó una delante de su casa en un

momento en el que estaba engolfado, como siempre, en la lectura. El ruido de las cornetas y de los tambores hicieron que perdiese la concentración, cosa que quiso afeanar a los que pasaban. «Damas y caballeros, ¿tendrían la amabilidad de explicarme qué hacen ustedes en esta procesión, siendo cristianos, cuando deberían estar en el vientre de los leones?»

Que tampoco se llevaba muy bien con la cultura moderna quedó confirmado el día que nos explicó «la edad oscura de la ilustración, cuando se abatió sobre el mundo una indiferencia tolerante que anegó en el mismo respeto distraído la danza de los derviches giróvagos, la sardana y el corro de la patata».

Aún me viene a la memoria cómo ejercía su labor magistral cuando le daba la gana ejercerla: el verbo opulento y sonoro, la espalda contra la barra del bar, la ginebra en una mano y la otra, bien alta, apuntando al

cielo. Procuraba que sus lecciones tuvieran un aura mitológica.

Así, nos habló alguna vez de las diferencias entre los partidarios del nacionalismo y los del cosmopolitismo –los patriotas regionales y los universales– imaginando unas Enaníadas –juegos legendarios en los que se lanzaban enanos lo más lejos posible– en una de las cuales compitieron por primera vez un blanco y un negro. Ganó el negro. El blanco dijo que había hecho trampas: si no, ¿de qué? El negro respondió que ésa era la típica reacción blanca, que a saber qué se había creído. Intervinieron entonces los cósmicos mostrando su satisfacción por esa victoria, que confirmaba su teoría de que los negros son iguales que los blancos. Nadie negará que los cosmopolitas fueron personas muy imparciales, si bien la imparcialidad de la que gozaron fue la misma con la que ven los ciegos las cosas, pues no vieron aquéllos que el negro había sido superior. Del enano no se habló, ya que aún no habían nacido los que dirían que ser lanzado también es un deporte.

En el fango fraternal –también aprendimos– se revolcaron sobre todo los que decidieron prescindir de la parte muerta del cristianismo –su costra religiosa– y quedarse sólo con el amor. Sustituyeron la guerra santa por unos congresos de espiritualidad internacional; cambiaron el odio religioso por una simpatía ecuménica de la que se benefició hasta el diablo; dejaron de creer en Dios, y pasaron a creer en la oración, que es lo mismo que creer en la fuerza de la creencia. Fueron barridos por unos teólogos más expeditivos en su apologética y cuyas aspiraciones a la universalidad resultaron ser más explosivas.

DIEZ

Sólo una sola vez organizó el maestro una excursión en el instituto. Quería que los alumnos conociéramos algunas cosas de Madrid. El único que se apuntó fui yo. No era la primera ni la segunda vez que hacía un viaje con el instituto. Eran salidas concebidas para que el estudiante entrara en contacto directo con la cultura, sin la mediación académica. Con ese fin ya había estado un par de veces en el salón principal de la Real Academia de la Lengua, donde nos habían explicado cuántos metros mide de largo, de ancho y de alto, y que cada sillón tiene una letra, que corresponde a un académico («porque en cada sillón sólo cabe uno» tengo puesto en mis apuntes). También había montado en una cola del Museo del Prado.

En lugar de con la cultura, el maestro optó por ponerme en contacto directo con la vida. Lo primero que hicimos fue visitar un local muy elegante que había en una zona alta de la ciudad. En el salón cruzaban las piernas unas damas muy sofisticadas, de ésas que se ve a la legua que se pasan todo el día en las embajadas y que saben montar en avión. Allí iban muchos americanos, destinados en la base aérea de Torrejón de Ardoz. Tuvo que ser ése el motivo de que la señora con la que traté empezara hablando en inglés; pero, en cuanto descubrió que yo no la entendía, y que eso era perder el tiempo, pasó inmediatamente al francés.

Ya conocía un lado de la vida, dijo el maestro. Ahora tocaba conocer el otro. Nos pusimos en marcha hacia un tugurio al que él recordaba haber llegado alguna vez cruzando unos descampados que hay por Madrid, más hacia abajo. En mitad de la travesía nos topamos con unas mujeres medio desnudas de una fealdad espeluznante. Como mujeres que eran al fin y al cabo, iban muy pintadas, todo

hacía pensar que con Titanlux. De no haber sido porque allí no había ningún cultivo que guardar, y porque dijo el maestro que no estaban para eso, yo hubiera pensado que servían de espantapájaros. Tras sortearlas como pudimos –algunas amagaban con acercarse– alcanzamos la meta.

Llamamos a la puerta del antro, salió a abrirnos un sujeto cuya pinta debería contemplar la ley como causa de prisión preventiva, nos miró primero de arriba abajo, después de abajo arriba, escupió a la derecha, luego a la izquierda, y nos franqueó el paso. Una vez dentro, y sin habernos hecho aún a la oscuridad que lo cubría todo, no se le ocurrió otra cosa a mi cicerone que saludar a los parroquianos con esta prosa: «Buenas tardes, caballeros. Antes de que seamos amigos de toda la vida, quiero que sepan que mi compañero y un servidor de ustedes somos gente pacífica, estudiante él y profesor yo, de suerte que, si alguno de ustedes siente a nuestro paso algo que pudiera hacerle pensar que ha sido rozado por alguno de nosotros,

atribúyalo a su imaginación o, si hay que ponerse en lo peor, a un descuido lamentable de cualquiera de nosotros, y no vea en ello una intención hostil que le obligue a sentirse deshonrado para siempre si no saca al momento el cuchillo y nos degüella a los dos». El alboroto que se montó se llevó por delante todo mi interés por conocer la vida de primera mano.

El temple arrojado y curioso del maestro lo invitó a vivir en un continuo incendio. Por desgracia, tanta llamarada lo achicharró.

Siempre recordaré de él, junto a su doctrina desenvuelta, una disposición alegre en la que ni siquiera la crítica, que ejercía sin cesar, estaba cargada de esa pesadumbre resentida con la que se critica hoy. Tenía un punto zumbón, pero sin mordacidad; su escepticismo, disciplinado por el talante festivo, no le hizo caer jamás en el sarcasmo ácido y apocalíptico que acompaña al nihilismo de los que, aunque sea en la nada, también creen –y con qué furor– en algo.

Ese ánimo feliz le permitió admirar la riqueza, el poder, las empresas magníficas, la gloria y tantas cosas hermosas que dan lustre al mundo, del cielo estrellado a la Fórmula 1. A ese carácter jovial se debió también que corriera un tupido velo –en vez de manifestar el lógico desprecio, ya que no se puede alabar el bien sin condenar el mal– sobre el submundo donde repta lo ínfimo, lo feo, lo oscuro, lo abatido, lo laboral y los que bajan a Segunda.

ONCE

Cuando se marchó de esta vida, el maestro tuvo la gentileza de no llevarse todas sus cosas consigo. Dejó aquí muchos papeles cuya custodia me confió su mujer. Entre ellos encontré en seguida algunos trabajos preliminares de dos obras dramáticas. De una ya había terminado el título: *¿Qué hago con mi gato en Waterloo?* De la otra tenía previsto cómo iba a finalizar: «aplausos atronadores». También descubrí algunas notas que, sin necesidad de forzarlas demasiado, permiten ofrecer un esbozo de una obra majestuosa, llena de visiones intempestivas y antiguas. Del comienzo al final todo en ella iba a ser un espectáculo caótico de matanzas espléndidas, de religiones herrumbrosas y devastadas, de fragor de ideas mortales. *Fundamentos de*

Lejanía era el título del libro. Tenía pensado desarrollar en él, mediante demostraciones más sólidas que las matemáticas y con la aportación de la máxima erudición histórica y revelada, su sospecha de que el no va más de las cosas nobles y hermosas, y, naturalmente, lo que nos queda más lejos, es la lejanía.

Para darle la debida prestancia artística y ese toque venerable que tienen las cosas arcaicas, también el maestro supo descubrir una civilización perdida –*Lejanía*– cuya especialidad en el campo religioso fue la de adorar a una divinidad de la que no se sabía nada, ni siquiera su nombre. Sólo se sabía que, distante como era, había que tratarla de usted.

Pero que sea él quien lo cuente:

«Para dar cumplimiento a nuestra decisión de ofrecer a las naciones una idea de lo que singularizó a la civilización cuya historia comenzamos a narrar –hemos de decir que con el ánimo sobrecogido por la magnitud e incertidumbre del empeño, pero con el

orgullo de saber que no hay nadie más que pueda llevarlo a buen término— acaso baste con que nos remontemos al origen de todas las cosas.

Ya lo intentaron antes que nosotros algunos bravos anticuarios. Por ellos sabemos que en aquella época el mundo era un páramo, y bien seco. La nada más brutal reinaba sin que nada mancillase su perfección terrible. Nada, salvo un rebaño que había por allí. Para pertenecer a él bastaba con ser un animal, y poco más. Si sus miembros hubieran sido unos vegetales, se hubieran estado quietos; pero, como eran animales, no paraban de andar. Se pasaban la vida marchando.

No todos los miembros de aquella hermandad animal eran igual de veloces. Es lo que pasa en unos grupos tan imprecisos, donde cabe un poco de todo. Cuanto más caminaban, más se distanciaban unos de otros. La grey general se dispersaba sin cesar. Los más lentos eran aquéllos que no

sabían usar las patas delanteras para moverse. Incapaces de seguir a los demás, la distancia se ampliaba cada día. Muchos de esos bípedos abandonaron la inútil persecución, y se olvidaron de los compañeros más rápidos.

Pero a unos pocos no les pareció motivo para desistir de alcanzar al resto el hecho de que fuera imposible. Y si era imposible, mejor: esa imposibilidad era una señal de que eran radicalmente distintos de aquellos a los que seguían. Tan distintos –añadieron– que no los seguían; los perseguían, como quedaba demostrado por el hecho de que, si los demás corrían tanto, era porque huían de ellos. El que va el último es un cazador, no un animal.

Los altivos monteros juraron no flaquear ante la eterna superficie descampada. Su carne fue mordida por el vértigo de las lejanías. Entre aterrados y seducidos, querían más y más inmensidad, que les cayera un diluvio de infinitud. Había nacido,

en virtud de aquella separación gloriosamente irremediable entre el que persigue y el perseguido, la primera Sociedad de Cazadores, cuyos socios eran fácilmente reconocibles por la pinta alucinada y profética que suele tener todo el que va tras lo que sabe que no puede alcanzar. Pronto habrían de aparecer más Sociedades. Y luego muchas más.

Los fundamentos de Lejanía estaban puestos. Sólo hacía falta que pasaran los milenios que suelen necesitar estas cosas, para que aquella civilización alcanzara su esplendor. El camino no fue fácil. Para alejarse de una cosa, antes hay que haber estado cerca. Muy cerca, demasiado a nuestro juicio, estuvieron los que quisieron usar los pies delanteros, liberados de su función locomotora, como puños. El puñetazo no sirve de nada si no hay contacto, y tocar es una cosa que se opone al espíritu de Lejanía. No fueron más lejos los que vieron que el puño, si se abría, era una mano. Fue un avance –nadie lo duda– que

se cambiaran los puñetazos y las puñaladas por los trabajos manuales, pero no puede hablarse de una revolución si se piensa que la mano, como el puño, sólo obra por contacto. La mano lo toca todo. Además, le gusta manejar y manipular. No hay que fiarse de la mano.

Pero saltemos, sin más preámbulos, a la edad que conoció la apoteosis de Lejanía, sintamos el latido de una jornada alejada, rescatemos del silencio su vibración íntima. Para ello visitemos, sin avisar, una de sus ciudades. Importa poco cuál. Puede ser Persépolis o Reus.

No perdamos el tiempo en sus arrabales, y vayamos directamente a la calle mayor. Los edificios –ya lo puede ver el lector– impresionan por la solidez de la fábrica y la riqueza ornamental. No cabe duda de que aquí uno se lo puede pasar muy bien. En éste, por ejemplo, nos cuentan que se rinde culto al Azar.

Sigamos adelante no sin antes desear mucha suerte a los devotos.

Aquél que se ve un poco más allá ha de ser la sede del Sacro Gimnasio. Vamos a intentar no hacer ruido, pues en él descansan de la práctica del ciclismo bicis tan portentosas como Neso, Nicos, Eurito y otras igual de famosas. La más celebrada de todas, por haber reunido en su persona la máxima velocidad con la sabiduría más penetrante, fue Quirón.

¿Y ese ruido?

Tranquilos: es una Compañía de Jesús, que se acerca. Desfila, como siempre, con una precisión milimétrica, en medio del estridor viril de las trompetas y del tronar de los tambores, resonantes las botas de pisada poderosa, sacudidas las sotanas por el paso enérgico, las banderas flameando; todo, en perfecto estado de revista. Qué marcialidad en el porte, qué gravedad en el semblante, qué lejanía en la mirada de los soldados de Jesús.

Aprovecharemos este momento para recordar que la jesuítica fue una de las pocas benefactorías permitidas. La penosa pero imprescindible milicia benéfica encontró en los jesuitas unos abnegados servidores. No confundieron su deber con el amor universal; se limitaron a ser bienhechores competentes y profesionales, sin más. La maquinaria de la benefactura jesuítica se especializó en proyectos de recia ingeniería social, sin caer en ensoñaciones de incontinencia filantrópica. Su dedicación a la justicia no pecó ni por exceso ni por defecto; fue la justa.

La religión cinegética de los jesuitas, más que una acción física, fue una meditación, una persecución íntima del animal inalcanzable. Los antecedentes de esa quietud hay que buscarlos entre algunos cazadores a los que agradó la idea de que, en la expansión de la manada animal que viene de la noche de los tiempos, conviene ir muy, pero que muy despacio, para que así se alejen más los inferiores. Es más, cuanto

menos se ande, mejor. De ahí a quedarse quietos hay un paso, y lo dieron; pero fue el último. Por eso los jesuitas fueron más urbanos que trotadores, más sociales que altaneros.

Pero ya se aleja la Compañía, apenas oímos ya su fanfarria. ¡Adiós, gastadores de Jesús!

Ahora nos toca admirar las residencias patricias que encontramos en nuestro paseo. En todas esas casas pregona su naturaleza divina la abundancia, en todas ellas reina inmortal el más puro y sublime de los ocios. Y en ninguna falta el concurso de ese simpático personaje alejado, lleno de vitalidad y alegría y tan querido por todos: el inmigrante, un oficio muy manual, sin duda, pero imprescindible y entrañable.

Hablaremos de él en el siguiente capítulo.»

DOCE

El subalterno que salió a recibirnos al final del capítulo anterior va a ser en éste el encargado, mientras sigue con sus inmigraciones domésticas, de introducirnos en uno de los rincones más íntimos y secretos de aquella cultura, pues Lejanía supo guardar siempre un lugar para lo que dejaba detrás. Así ocurrió con las manualidades, que no eliminó del todo. Hubiera sido como si las cosas se quejaran de llevar siempre al lado su sombra. Como ésta acompaña al cazador vaya a donde vaya, así la cercanía a la lejanía. El buen lejano lo sabe, y lo acepta alegremente. Sabe que es el lado secreto, íntimo, de su cultura. Por eso se cuidó con tanto cariño a la casta importada, evitando desdenes innecesarios a su entrega laboral; antes bien,

aplaudiendo la mansa docilidad que siempre mostró cuando restallaba el lacónico mandato.

Qué vivaz ajeteo en el refugio protector de la casa se ofrece a nuestra mirada. El trajín hogareño colma la vida del bienaventurado ayudante. Nuestro querido amigo barre y friega los suelos con la prosternada humildad que define y delimita su función vital, deshollina travieso la misteriosa chimenea, limpia con religiosa devoción los trofeos agonales, va de acá para allá afanado en sus minucias benditas. Nada le cansa ni entristece.

Nuestra fantasía vuela, sueña escenas colmadas de una candorosa alegría. Nuestro espíritu encuentra solaz en una escena de inefable beatitud: al terminar la jornada, en la que no han faltado las distracciones, todos los de la casa, domesticadores y domesticados, hospitalarios y hospitalizados, habiéndose reunido en torno a la sagrada lumbre, escuchan atentos al

casero mayor, seguramente un prócer venerable de la ciudad, acaso un Magno Montero, el cual, con temblorosa y emocionada voz, lee una vez más el canto que celebra la gloria inmarcesible de una jabalina que repitió victoria en los juegos agónicos.

Mas no es éste aún el momento de hablar de epopeyas deportivas, de sagradas hecatombes, de universales polémicas, de gloria y señorío. No elevemos tan pronto nuestra mirada a lo mayúsculo y extrovertido; ciñámosla a lo pequeño y encerrado. No hablemos ahora de lo imperante sino lo imperado, no del diferente sino del diferenciado.

Nuestro entrañable personaje asumió sin inoportunos lamentos ese espíritu de risueño desequilibrio del que algunos, más ignorantes que pérfidos, reniegan en nuestros días. Tan esencial es su presencia en la vida familiar, que graves y sapientísimos doctores han afirmado que no

hay familia cabal sin ella. Sin servidumbre, no hay hogar. Por ello podemos llegar a entender, aunque no podamos menos que condenar, los casos, afortunadamente aislados, de concesión del estatuto de criado, cuando la necesidad apretaba, a algún hijo propio que sobraba, con el fin de constituirse en verdadera familia.

La naturaleza doméstica de nuestro protagonista, su amor a la cercanía, no podía animarlo a abandonar la calma apacible del hogar. Y no lo animó.

Más propensos a la fuga fueron unos sujetos periféricos y desquiciados, asimismo sin el derecho de ciudadanía, que, con un carnet que los acredita legalmente como vagos, iban de un lado para otro mirándolo todo hasta atragantarse, cuanto más entrase en el ojo, tanto mejor.

No era raro ver en las ciudades lejanas, sobre todo en el estío, viajeros sin oficio conocido que, en montones espesos, vagaban por los circuitos diseñados para promover el

compromiso con la cultura y la distinción. En ellos, para comodidad del visitante, se había instalado, debidamente marcada para no equivocarse a la hora de mirar, toda la cacharrería propia de esos sitios: museos cuyas salas estaban llenas de explicaciones sobre cómo habían sido contruidos, ruinas de ciudades legendarias importadas de todas partes, maquetas a escala 1:1 de paisajes pintorescos, espectáculos de luz y sonido inspirados en la creación del mundo... Allí no faltaba de nada.

En muchas ocasiones los transeúntes más temerarios se escapaban de esos recintos, en busca de experiencias sensitivas no sometidas a la prudente dosificación de los animadores, a la caza de vivencias crudas se podría decir. ¡En mala hora! Aturdidos por la canícula y la belleza a destajo, deambulaban sin rumbo, rebotando de templo en templo ante la mirada atónita de los lugareños, que toleraban tan intempestiva presencia con mal disimulada jocosidad cuando no con abierta acrimonia.

Sólo la obligación de respetar los tratados exteriores que regulaban esa presencia extraña pudo reprimir el natural instinto lapidario de las fuerzas nativas, impulso acaso excitado por los propios viajeros, que tendían a comportarse de un modo desvergonzado e impertinente. Les daba igual interrumpir un pleno del parlamento, disfrazados de exploradores de la jungla o de submarinistas, que aplaudir, como les habían dicho que se hacía en la ópera, una letanía sacerdotal. Lo peor era ver cómo, en los santuarios, miraban y remiraban todo con ojo voraz.

El anticuario que quiera entender bien la figura del vago alejado no debe pensar que la cosa se acababa una vez que los viajeros habían vuelto a casa. Nunca dejaban de ser visitantes, fueran a donde fuesen, incluso de vuelta en el hogar. Vivían en casa como si estuvieran de visita. Sabemos que decoraban las habitaciones, y eso sólo puede deberse a que querían pasarse el día mirándolas. También se han conservado algunos folletos

de propaganda inmobiliaria que elogian por encima de todo las vistas magníficas, panorámicas, de la casa en venta, como si sus compradores no tuvieran otra cosa que hacer dentro que mirar fuera, lo más lejos posible.

Pero lo último que quiere Lejanía es que la vean. La mirada, aun en su distancia, es un modo de contacto. El ojo atrapa las cosas. Las cosas, al ser vistas, quedan convertidas en prisioneras de su propia imagen, como si fueran estatuas de sí mismas. El ojo hace mucho mal.»

TRECE

Descartados el contacto y la visión, la mano y el ojo, como medios para saber algo de la lejanía, cualquiera se preguntará si no será la escucha el método adecuado. En Lejanía todos respondieron: ¡Pues claro que sí! ¡Por supuesto que lo es!

A Lejanía hay que buscarla en el rumor, o, lo que es lo mismo, hablando de oídas. Es en las tradiciones orales, en los cuentos transmitidos de boca en boca, donde debe rastrearse la huella de la ausente. Una cadena sin fin hace posible la necesaria distancia entre el oído y lo oído.

Qué prodigiosa virtud de alejamiento muestra la tradición, que cuanto más habla de una cosa más la aleja en el pasado y el

olvido. Mensajes que se hunden en la noche de los tiempos, fábulas repetidas y tergiversadas en una sucesión infinita de errores, lenguas perdidas: ahí se halla el verdadero reino de Lejanía, que siempre dará mucho que hablar.

Lejanía no es cosa del presente; tampoco se ofrece como proyecto. Es una leyenda. No se encuentra en el futuro que se acerca, sino en el pasado que se aleja. Sólo en la escucha de lo ya dicho, nunca a través de la visión de lo que está delante, pudiera ser que se llegue a tener alguna noticia de ella. Lo que cuenta es el pasado, cuanto más lejano y olvidado mejor. Hay que escuchar la voz de lo que fue. Repetimos: escuchar, o sea, escuchar de verdad, y no, ejercer ese modo bastardo de escucha, o escucha visual, que muchos llaman lectura.

Como siempre, no faltaron entonces, como no faltan ahora, quienes entendieron mal la llamada. Gentes apegadas al visualismo creyeron que el lenguaje era un simple

medio para llegar al conocimiento, a la visión de las cosas. Cuanto más invisible fuera el lenguaje, mejor cumpliría su misión. La transparencia –se engañaron– debía ser la virtud máxima del buen lenguaje; ella sería la que permitiese acceder a aquello que estaban convencidos de que habitaba más allá de las palabras: la realidad; cuando lo que realmente hay detrás de las palabras son otras palabras.

Esta mala doctrina los animó a emprender una campaña de desprestigio del lenguaje de la calle, también llamado ordinario, que, lamentaron, al haberse formado de cualquier manera, adolecía de infinitas rugosidades y excrecencias inútiles, incluso perjudiciales. El lenguaje vulgar, válido quizá para nombrar las cosas a bulto, debía ser sustituido por otro preciso, riguroso, científico. Nació así una mecánica lingüística; comenzaron a fabricarse idiomas de vidrio, lenguas de Duralex. El primer resultado de la nueva ingeniería fue un diseño de lengua implacablemente

racional: se trataba de una rara escritura, mezcla de chino y álgebra, no apta para ser cantada ni bailada.

No fue admitida.

No lo fue por escupir contra la misteriosa opacidad del verbo, por pisotear su naturaleza velada, propicia a la discreta doblez, al simulacro tímido, querenciosa de travesuras y alegres deslices. Ignoraron aquellos blasfemos que en el malentendido está la sal del verbo, su sustanciosa e inagotable profundidad, alimento de los osados, ruina de los míseros.

Las brumas del lenguaje, los laberintos metafóricos, el denso manto verbal: ¿qué mejores guardianes de Lejanía? Las pudorosas palabras alejan lo que parecieran traer, ocultan al señalar, simulan una realidad siempre escamoteada.

No cabe mayor teatro, ni más alegre, que el verbal, donde todo es artificio de símbolos y cifras herméticas.

La escucha lejana se apoyó en esas espesuras del lenguaje, evitando el peligro de caer en la comprensión. Entender lo que se nos dice viene a ser como si nos comiéramos el mensaje. Pero las palabras no han sido puestas para ser devoradas; están para que las escuchemos. Deben ser más cantadas que entendidas.

Este hallazgo fue acompañado en todo el imperio lejánico por un clamor de gloria y apoteosis. Sonaba la hora del triunfo. Una rara vibración sacudía la atmósfera, la rasgaba. ¿Acaso estuviera cerca Lejanía?

Jamás se supo.

Tarde o temprano –es ley de vida– a toda poética le sigue una teología. Siempre viene quien le quiere poner letra al himno. La que formuló la cultura lejana, seca como todas las teologías, la explicaremos en un santiamén.

Toda ella se centra en un punto cuya importancia jamás nos cansaremos de

ponderar. Reza así: Nadie sabe dónde está la lejanía.

Por allá arriba, como piensan muchos, no; de ninguna manera. Se demuestra como sigue:

Sólo caben dos posibilidades:

O que por ‘arriba del todo’ se entienda ‘el escalón más elevado de la cadena del ser’. En tal caso allí no está porque ese lugar está muy expuesto a cualquiera que tenga buena vista. Basta con que levante la cabeza y allí la encontrará, por muy arriba que se haya puesto la otra. El general y el recluta forman parte del mismo ejército; si te cruzas con éste, el otro no andará muy lejos.

O que por ‘arriba del todo’ se entienda ‘más arriba incluso de la escala’. Entonces no se sabe lo que se dice, pues no hay manera de concebir que una cosa esté más arriba del escalón más alto salvo que la imaginemos puesta en otro más alto. Sin darnos cuenta hemos alzado la escalera.

Luego no está arriba del todo. Q. E. D.

Hay que tener también mucho cuidado con ir diciendo por ahí que la lejanía se encuentra alejada de todo. No es ella la que está alejada, somos nosotros los que estamos alejados de ella. Fue ella la que nos alejó, y no, nosotros a ella.

Tampoco sirve la cautela que llevó a algunos a afirmar que no está alejada pero sí lejos. Es inadmisibile que se sostenga tal cosa, porque la lejanía bien entendida, la de verdad, está tan lejos de nuestras ideas preconcebidas, le gusta tanto despistar, que ni siquiera podemos saber si está lejos o cerca de nosotros. Nadie sabe si la lejanía se mueve en la lejanía.»

Aquí termina lo que dejó escrito el maestro sobre este arte tan difícil que te prepara para, si fuese necesario, poder estar cerca de lo que debe quedar lejos, y al revés.

CATORCE

Lejanía no sólo fue una cultura circunscrita a un lugar, aún por descubrir, y a un tiempo, sin datar todavía. Es una actitud, un estado de ánimo, un talante. Y eso no caduca. Incluso cuando la humanidad ha vivido hundida en el pantano de la igualdad más táctil, entregada a una orgía de sonrisas y sin otro horizonte vital que un abrazo eterno entre los compañeros, algún solitario ha impedido que se apagara la llama gélida y purificadora de Lejanía. Siempre ha existido y siempre existirá quien cultive el difícil arte de estar no sólo cerca de lo que debe quedar lejos sino lejos de lo que está próximo.

Yo, sin ir más lejos.

¿Cómo se explica, si no es por el dominio de esa técnica, que yo siguiera siendo de la OJE incluso a una edad en la que ya era consciente de la naturaleza política poco recomendable de esa organización, o que me planteara solicitar mi ingreso en el club comunista en el que se habían metido mis amigos sin darme de baja en el otro sitio?

Naturalmente, esta forma pasiva e invisible de distanciamiento no la captó nadie. Mis amigos no entendieron jamás mi pertenencia un tanto prolongada a la OJE. No les parecía que mi gusto por los locales recreativos bastara para justificar una permanencia tan indecorosa. Para ellos lo importante de una organización ideológica era la ideología; y no, que en sus locales hubiera con qué pasárselo bien. Yo tenía otra opinión. Y dio la casualidad de que en Guadalajara el fascismo tenía mejores futbolines que el comunismo. En chicas, en cambio, ganaba éste. Se entenderá, pues, que me atrajeran los dos.

Con la perspectiva que me da ahora el paso del tiempo, no descarto que mis amigos juzgaran las cosas del modo correcto. Pero entonces tengo todo el derecho del mundo a decir muy alto –¿se oye al fondo?– que también ayudé, con esa peculiar forma de estar sin estar, a la desaparición de la dictadura, aunque fuera en un grado ínfimo y sin enterarme. Lo cierto es que yo, sin saber de la misa la media, hice cosas ideadas por gente que buscaba con ellas la desaparición del franquismo.

Fueron dos mis contribuciones a la causa democrática: ir al cine y emborracharme.

Ninguna de las dos hubiera sido posible sin la ayuda de un mecenas. Esa labor correspondió a las juventudes comunistas, siempre dispuestas a discurrir los medios más peregrinos para aniquilar el régimen de Franco. En Guadalajara se ciñeron básicamente –dejo aparte las pintadas en los váteres de un par de cafeterías– a la

fundación de un cine-club y a una campaña a favor de la reforma de las fiestas patronales.

Lo primero fue posible gracias al Colegio Salesiano, una institución cuya especialidad pedagógica era, por lo que nos contaban los que estudiaban allí, dar hostias a todos los alumnos que se pusieran a tiro. Aparte de eso, el colegio tenía una sala de cine. En ese sitio, gracias a la hospitalidad de los curas, se instaló el cine-club.

Antes de nada quiero dejar bien claro que en él ponían películas. ¿Por qué iban a negarse si se hacía en los demás? Pero, como en los demás, el cine era una herramienta, y toda herramienta, como es bien sabido, sirve para algo, se usa con un fin. Aquel cine-club –en esto tampoco fue una excepción– tuvo como objetivo hacer propaganda contra el imperialismo capitalista y sus lacayos, el primero y peor de todos, Franco. Por lo general las películas escogidas bastaban. Pero, si quedaba alguna duda entre los compañeros espectadores sobre su

significado, se despejaba en el fórum que seguía a la proyección.

Los debates eran muy tensos, sin que amenguara esa tensión el hecho de que todos los que intervenían pensarán lo mismo. La lucha por deslumbrar era enconada; se estaba dispuesto a destacar a cualquier precio. Fue tremenda la discusión que se entabló una vez entre un maoísta y un troskista a propósito de un rebaño de ovejas que a Buñuel le había parecido conveniente meter dentro de una mansión burguesa. Discutieron horas y horas sobre si eran churras o merinas. Las ocurrencias más disparatadas tuvieron quien las defendiese. No faltó el que vio en un río tropical el símbolo latinoamericano de la riada histórica que, lenta pero inexorablemente, nos conducía al océano de una sociedad sin clases. La crítica, el análisis, se ejercía a gritos.

Así, a base de aquellos truenos que arrojaban desafiantes los camaradas comentaristas, fue tomando cuerpo una doctrina estrafalaria

pero muy peleona: lo suficiente para pensar que con ella se podía derribar a Franco. Que para eso estábamos allí.

Hoy los protagonistas de aquellos aquelarres ideológicos se desviven por dejar claro a quien quiera oírles, y más a quien no quiera, que ya se han curado de sus visiones. Ahora son ellos los que más se ríen de «aquellas patochadas». ¿Pero qué otra cosa podían haber dicho –se excusan– si eran tan jóvenes y les quedaba tanto por aprender? Con esta justificación ponen en evidencia que no han aprendido nada, pues siguen sin entender que, si eran tan jóvenes y les quedaban tantas cosas por aprender, lo razonable hubiera sido, no que dijeran otra cosa, cosa que nadie les exigió, sino que no dijeran nada. Como hacían los demás.

No es éste el único problema de esos arrepentidos. Su nueva posición despierta la sospecha de que, si han necesitado años para alcanzar, sin saber bien cómo, la conciencia del escaso valor de lo que habían dicho antes,

pasados unos años llegarán, sin saber tampoco de qué manera, a avergonzarse de lo que dicen ahora. Fue preciso que pasara el tiempo para que cambiaran de ideas, pero les bastó que pasara para cambiarlas. No es que las cambiaran con el paso del tiempo, fue el paso del tiempo el que se las cambió. Su inteligencia no se asienta en la cabeza sino en el reloj. Con él razonan. Un año es una objeción; una década, una refutación.

Pero no todo van a ser críticas por mi parte. En mi corazón también cabe la gratitud hacia quienes me informaron de que había cosas mejores que *Fray Escoba*, *Fu Manchu* y *El pequeño ruiseñor*. Allí conocí *El acorazado Potemkin*, *El ojo andaluz*, *El séptimo sello*, *La huella...* Eso se lo debo, y por ello les doy las gracias, a comunistas y salesianos.

Y, miel sobre hojuelas, además de haberlo pasado fenomenal, aún me queda el orgullo de haber aportado, con humildad, como quien no quiere la cosa, a lo tonto, mi granito de arena a la democratización del Estado

español. Así de sencilla fue la cosa; sin moverme de mi localidad, simplemente viendo, oyendo y aplaudiendo. Y esto sin comer palomitas. Si llegan a permitir las, ni te cuento lo que habría democratizado yo.

QUINCE

No sería éste el único cine-club que conocí en el que el cine se subordinaba a otra cosa. Con la llegada de las libertades, fue el propio Ayuntamiento de Guadalajara el que subvencionó uno hiperbólicamente democrático, en el que lo más apreciado era asistir a las reuniones donde se decidía democráticamente la marcha del club. Aún me viene a veces a la memoria el ceño adusto que me ponía el director, el típico sacerdote de la participación, porque no iba a esas reuniones. «Tú vienes aquí por el cine», me recriminaba. En la cabeza de aquel hombre la democracia se había hinchado hasta el punto de convertirse en un valor absoluto. ¿Ver la película? Se supone que un premio a los que acudieran a votar qué película ver.

Pero vuelvo a los tiempos de la dictadura, y a recapacitar acerca de si realmente hice algo para defenderla, derribarla, ninguna de las dos cosas o ambas a la vez. Quien diga que fui un estúpido que se vendió al fascismo por un par de tebeos, debe añadir que mi gusto posterior por el cine sirvió, tal como he mostrado, a la causa de la libertad.

A tan noble causa también ayudé con la botella en la mano. El mérito mayor de esta última labor no fue mío en absoluto sino, una vez más, de la astucia comunista, que también dejó su huella en «la cultura de la fiesta», en este caso mediante una operación descrita más tarde por sus promotores como una maniobra política de altos vuelos. Consistió en movilizar a una parte de la juventud de la ciudad para que reclamara al Ayuntamiento la autorización sin más demora de diferentes ligas alcohólicas encargadas de animar las fiestas patronales, cada una con su uniforme, su estandarte, su himno, su ideario general y su programa particular. Se argumentó que esas

agrupaciones de borrachos –las peñas– añadirían un calor y una alegría, auténticamente populares, que faltaban en el oficialismo rancio y elitista reinante hasta ese momento. En realidad, el objetivo era crear irritación en todas partes y por todos los motivos imaginables, sacándose de la manga reivindicaciones en las que nadie había pensado anteriormente. Fuera como fuese, lo cierto es que tuvo éxito la protesta. El Ayuntamiento cedió. Y yo nunca me emborraché con tanto calor y alegría auténticamente populares como, gracias al patrocinio de la tercera internacional, en los locales de las peñas.

Dicho lo cual, y trascendiendo los estrechos límites de mi experiencia particular, quiero mostrar mi acuerdo con quien afirmó que «la peña propiamente dicha debe ser valorada a día de hoy en lo que tiene de categoría antropológica». En el concepto moderno de fiesta patronal, las peñas, en su momento un ariete histórico contra el fascismo y una punta de lanza contra la alienación

capitalista, juegan un rol tan importante como los gigantes y cabezudos y los coches de choque.

Pudiera ser que los promotores de aquellas peñas no sientan hoy el orgullo que deberían por lo que consiguieron. Es posible que para ellos eso no valga nada, o incluso que les avergüence el pensamiento de que aquello que concibieron como un instrumento, banal en sí mismo, de algo mucho más importante –una lucha universal inspirada en una moral científica capaz de disolver los mitos oscurantistas de un tiempo caducado– sea lo que se recuerde en el futuro como su principal contribución.

Admitamos por un momento la posibilidad de que tengan razón. Pongámonos en el lugar de aquél al que le importó poco usar unos medios que era el primero en despreciar, y se encuentra años después con que, por una travesura de la historia, han sido esos medios aquello para lo que ha servido su lucha revolucionaria. En pequeña escala algo de eso

puede verse en Guadalajara, donde, habiéndose propuesto como objetivo último acabar con la explotación del hombre por el hombre, los logros del comunismo alcarreño se redujeron a no mucho más que cambiar algunas cosas de las ferias y fiestas.

Pero, aun comprendiendo la insatisfacción que deben sentir por este resultado imprevisto los que nos manipularon de un modo tan imaginativo, me gustaría hacer todo lo que esté en mis manos para que vuelvan a ir con la cabeza bien alta. Sepan que no fue poco lo que consiguieron y que ha de llegar el día en que alguna placa municipal agradezca ese servicio que prestó el Partido Comunista Español a las fiestas en honor de la Virgen de la Antigua.

Quien sí tuvo la capacidad de adaptación a una realidad menos sublime que el ideal pero más palpable y succulenta, con la vista menos atenta al cielo y a sus nubes y más enfocada a la tierra, sobre todo si era edificable, fue un alcalde que quiso mostrar públicamente su

adhesión a la nueva manera de concebir la fiesta desfilando –«como uno más», declaró humildemente– en medio de la turba de beodos. Las crónicas oficiales dudan sobre si fue la condición de coche de choque, de gigante o de cabezudo la que exhibió el alcalde en el nuevo concepto de desfile; pero es voz popular, no desmentida por nadie, que lo hizo en calidad de mamarracho.

Si a los que militaron en el Partido Comunista les supiera a poco el homenaje del Ayuntamiento, añádase el de la propia Virgen en persona. Y, si ni esta señora fuera capaz de que se les pasara la murria, porque acaso aquello por lo que querrían ser recordados con gratitud es por haber hecho posible la llegada del régimen democrático corriendo delante de los caballos, aconsejo que se les dé la razón. ¿O hay alguien tan cruel como para dejar que caiga la mínima duda sobre la utilidad de las carreras que se dieron?

Pero tendrán que compartir la gloria con un nutrido grupo de jinetes que también

ayudaron a esa llegada, sin que puedan alegar que éstos admitieron la instauración del sistema actual sólo a regañadientes, porque se les forzó en la calle. Si los que fueron comunistas alegaran esto, se arriesgarán a que alguien les recuerde que a ellos lo que de verdad les ponía, aunque la prudencia les aconsejó aguantarse, era ir mucho más allá de una democracia meramente formal, como la que tenemos, e instaurar vaya a saber usted qué democracia de verdad. O premiamos a unos y a otros o castigamos a todos.

En cuanto a los que habían estado haciendo compañía a Franco hasta la víspera, nadie tiene la mínima duda de que nunca fueron demócratas de corazón, y que sólo fue el cálculo lo que les aconsejó cambiarse de chaqueta; pero eso quizá debería ser contado como un mérito si se piensa que tuvo que ser la frialdad propia del buen profesional, que presta sus servicios a quien le pague, la que hizo posible no perder los nervios en una operación tan complicada como la de derribar

una casa con la ayuda del que corre el riesgo de quedarse, si no espabila, a la intemperie.

Pero dejemos de lado cosas tan efímeras como un sistema político. Algún día desaparecerá la democracia; llegará otro en que no quedará ni el recuerdo de ella. Pero la Virgen de la Antigua es eterna, y eterna será su gratitud a los comunistas alcarreños. No todo lo que hicieron habrá sido en vano.

DIECISÉIS

Acabado el bachillerato, me fui a Madrid. Imaginen la emoción que debe sentir quien, después de haber estado retenido en una cartuja durante décadas, tuviera la oportunidad de viajar a Babilonia: un entusiasmo voraz mezclado con un terror pánico. Así, yo.

El objetivo de mi traslado era prepararme para ser profesor algún día. Que quisiera ser eso no significa que me gustara dar clases. Simplemente quería ser profesor, pasear magistralmente por la calle, ser saludado por los padres con el miedo debido a quien puede suspender, porque sí, a sus hijos. No es tan difícil entenderlo por más que la pedagogía haya puesto todo del revés.

Con ese fin cursé estudios de filosofía en la Universidad Complutense. En las aulas de la facultad, por lo general vacías, aún se podía oír una filosofía escolar demasiado seca, severa y antipática para el paladar juvenil. Tenía todas las de perder ante el huracán ideológico del marxismo, entonces en la plenitud de sus fuerzas, y la coquetería conceptual que empezaba a llegarnos de París. A las clases magistrales de las aulas, unidireccionales, jerárquicas y castradoras, oponíamos nuestro gusto por los debates, todos en el bar, lúdicos, horizontales y en red. De las conferencias, lo único que nos interesaba era la ferocidad del coloquio final. Llegó un momento en el que, por temor a que no quedara tiempo suficiente para el mismo, los conferenciantes declinaban dar la conferencia. Además, ¿para qué darla si en todas se decía lo mismo? Fuera cual fuese la materia tratada, la cantinela era idéntica: todo depende de la economía.

Lo que había dado origen al *slogan* se hallaba escondido, por lo que se decía, en unos

escritos de Marx. Su explicación del mecanismo mediante el cual la actividad económica influía en la parte más noble de la vida humana –la fundación de la orden del Carmelo, la música dodecafónica, el aoristo– no había quien la entendiera. Pero por circunstancias de la vida había prosperado la idea de un modo que el autor no podía ni imaginar. El éxito había sido total. El mundo entero afirmaba que la economía lo mueve todo. Te lo decían incluso los que no sabían cuadrar un balance. Ellos arrojaban la frase con el prestigio que daba por aquella época la etiqueta de marxista. Pero su relación con esa teoría recuerda la del que, en el chiste de Tip y Coll, se consideraba discípulo de Einstein porque estaba de acuerdo con que todo es relativo. Huelga decir que la fórmula presuntamente marxista llegó a ser tan banal como, por poner algún ejemplo, la de que en esta vida lo importante es tener salud, dinero y amor.

En la capital aprendí –la de cosas que se aprenden en una gran ciudad– a usar el

teléfono, una máquina de la que nunca había tenido ninguna necesidad, aunque sí alguna noticia, en Guadalajara. Naturalmente, no fue cosa de un día. La formación tuvo como sede la pensión donde me alojé al principio de mi estancia en Madrid. Su dueño era un sujeto con un aspecto patibulario que cuadraba más en una casa de putas que en una pensión, dos ramos de la hostelería claramente diferenciados.

La fiera se pasaba el día dormitando en un saloncito. En él estaba el teléfono. Como es fácil imaginar, esa presencia no favorecía mi acercamiento al aparato. Mi ignorancia, puesto a tener que descolgarlo, de por dónde hablar y por dónde escuchar es algo que quizá hubiera podido sobrellevar en la más absoluta soledad sin una merma excesiva de la autoestima; pero la conciencia de que habría un testigo bastaba para descartar cualquier proyecto relacionado con la telefonía. Miedos tan irracionales como éste me han impedido hacer muchas cosas, por no decir todas.

Pero un día, en el que me encontraba especialmente lúcido, y viendo con una claridad meridiana que el adormilado no me iba a prestar la mínima atención –y, si me la prestaba, le daría igual lo que ocurriera entre el teléfono y yo–, me animé por fin a hacer una llamada. «Pardillo –rugió–, a ver si aprendes a coger un teléfono». Así te enseñan las cosas en Madrid.

DIECISIETE

Además de a estudiar en la universidad, también fui a Madrid con el objetivo de follar. Y, en efecto, algo follé, no siempre con borrachas. Incluso creo que tuve una novia, aunque sobre este particular nunca nos pusimos de acuerdo ella y yo. Mejor, lo cuento todo, y a ver qué les parece a ustedes.

Solía pasarme buena parte del día en la biblioteca de Filosofía y Letras. Por allí aparecía de vez en cuando una chica que me tenía fascinado. Pasó el curso sin que me atreviera a acercarme a ella. El siguiente, tampoco. Mediado el tercero, comenzamos a coincidir –ignoro por qué– en el mismo pupitre, uno de esos alargados que suele haber en las bibliotecas. Meses después ya

nos saludábamos. No pasaron muchos más, y nos sonreíamos. No transcurrió ni uno más, y bajamos juntos al bar. Supe que estudiaba filología francesa. Le chiflaba todo lo francés. Un día me preguntó que por qué no le preguntaba si me amaba. No sólo eso; también me preguntó que por qué no le preguntaba si quería que saliéramos; juntos, me aclaró.

La cautela hermenéutica que siempre he cultivado me obliga a vacilar sobre el significado de cualquier oración, sea afirmativa, negativa, enunciativa, normativa, interrogativa... Es tanta la polisemia oculta en el lenguaje y tanta la carga emocional con que lo usamos –la palabra ‘amor’ tiene mucha, créanme– que conviene escudriñar con la máxima atención y con el ánimo más frío posible cualquier enunciado. Decidí no preguntar nada y esperar a que llegara el viernes para ir a Guadalajara, donde pasaba los fines de semana. Allí le preguntaría a mi mejor amigo qué pensaba que podría haber querido decir la chica con aquellas palabras.

Mi confianza en este amigo era total. Además de que lo adornaba una erudición impropia de la edad, ya había dado muestras de no dejarse convencer fácilmente por lo que a gente menos crítica le parece obvio. Un día que estaba yo en su casa sonó en algún momento el telefonillo; al oír que era Eduardo quien llamaba, se preguntó qué Eduardo podría ser ése. Al instante escuché la voz del otro lado: «¿Que quién soy? ¡Tu hermano, joder!». También dejó muestras de un temple científico poco propenso a ser engañado por las apariencias el día que, al cruzarse con el profesor de gimnasia, uno de esos suboficiales de la enseñanza que servían a la vez de monitores deportivos y políticos, como éste no presentara signos de embriaguez, mi amigo no lo saludó argumentando de un modo irrefutable que esa persona no podía ser la que conocíamos todos.

Le hice, pues, la consulta. Su veredicto fue que la madrileña me había pedido que le pidiese su consentimiento para ser amantes

conforme al código amoroso fijado a finales del siglo XII por Andrés el Capellán. «Consulta el *Incipiunt tituli capitulorum tractatus amoris, de amoris remedio Andreae Capellan; pape Innocencii*, editado en Estrasburgo el año 1473, y verás». Añadió que ese corpus jurídico no había sido derogado en ningún momento, por lo que se mantenía en vigor a pesar de las frecuentes tergiversaciones a que se ve sometido en casi todos los guateques.

No necesité más. Volví inmediatamente a Madrid, y lo primero que hice, sin dejar que pasara otro año, fue llamarla loco de contento para preguntarle si quería salir conmigo. Sí que quería. Comenzamos a salir ese mismo día.

Quiso mi mala fortuna que al día siguiente se enamorase de otro. Éste, según me dijo, vivía en Francia. Resultó que había recibido de él una carta pidiéndole un plano de Zamora para un asunto que se traía entre manos. Como la petición estaba escrita en francés, a

mi chica le pareció que al plano debía añadir –qué menos– su amor. Tiene su lógica.

Con el otro tan lejos, no tuvo ningún inconveniente en que siguiéramos viéndonos el resto del curso, aunque sólo fuera porque quería explicarme muy bien por qué me dejaba, y eso lleva su tiempo. O sea, que salíamos pero sin salir. La definición exacta de nuestra relación fue una empresa a la que dedicábamos mucho tiempo y esfuerzo, y en la que había sus más y sus menos. Lo normal en una pareja. Sea cuál sea la palabra apropiada, más que carnal, la nuestra era una relación muy semántica.

Hasta que llegó el verano, llegó el francés, y se fue definitivamente con él. Unos años más tarde se casaron y se establecieron en Francia. A la vista de la dificultad de saber en qué consiste salir con una chica, no descarté que, aunque casada y viviendo en otro país, pudiéramos seguir saliendo. No he tenido ninguna noticia de ella, por lo que no hemos

podido discutirlo, así que si seguimos saliendo es algo que no sé.

DIECIOCHO

Aunque con algún retraso, llegaba a España la emancipación sexual. Por supuesto, también yo leí algunos libros sobre este tema. Me convencieron, y me declaré emancipado sexual. No todo el mundo compartía mi opinión, pero a mí no me importaba dedicar el tiempo que hiciera falta para convencerles.

Me acuerdo ahora de una vecina, muy atrasada en este punto –lo atribuyo a que ya era algo mayor–, que me habló de lo arrepentida que estaba de haber engañado a su marido en unas cuantas ocasiones, y que sólo se le iría la mala conciencia si recibía una buena azotaina. Me preguntó si estaría dispuesto a propinársela.

Le hice saber que no procedía a esas alturas del siglo XX hablar de engaño y de mala conciencia –un lenguaje más propio de la represión inquisitorial– y que no debía avergonzarse de haber hecho con su cuerpo lo que era el resultado de una decisión tan libre como personal. Me negué rotundamente a castigarla, como me pedía la pobre, por algo que no tiene nada de malo. Ella se fue sin decir palabra, seguro que con la duda metida en el cuerpo.

Del feminismo, que vino después, me enteré muy poco, no sé muy bien por qué. La única razón que se me ocurre es que en esa época tuviera muchos exámenes. Fue al llegar las vacaciones del verano cuando empecé a saber algo gracias al círculo feminista de un pueblo cuyo nombre conviene que sea, por exigencias del guión, Torremocha del Pinar. En la sede tenían las obras completas de Lidia Falcón. Habían tenido el detalle de forrarlas con piel de becerro y se las sabían de memoria. Piensen ustedes que en aquella época Doña Lidia mandaba mucho en el

feminismo español, más que Fraga en la derecha.

De la infinitas cosas que condenaba la líder feminista había una que sobresalía por su especial gravedad: ser una mujer-objeto, que es una cosa que al parecer les gusta mucho a las mujeres con pocos estudios. Eso era pecado mortal. También pecaba el que la ayudara, como hacen éstos que, cuando viajan, obligan a sus mujeres a ir despatarradas en el capó. Y sin cinturón de seguridad.

Eso era lo poco que sabía del movimiento feminista, y ese poco supe muy pronto que no servía de nada. Bastó una tarde para entender que las cosas podían ser algo más complicadas que como me las habían contado en vacaciones. Fue en la casa de un compañero de la facultad. Menuda casa, por cierto. En seguida noté que era gente con posibles, viajada, con aplomo: esa clase de gente que no se ve obligada a sonreír a la azafata que te recibe toda sonriente en el

avión. La madre, una agente de cambio y bolsa, era la típica cincuentona, guapa como saben ser las de esa edad, estilosa, moderna, feminista, desenvuelta, huelga decir que divorciada.

Empezó la reunión con los habituales cumplidos relacionados con la ropa de cada uno. La palma se la llevó una amiga de la anfitriona, también dedicada a las finanzas e igual de estilosa, moderna, feminista, desenvuelta y divorciada. Lucía unas medias rojas, de trama gruesa y romboidal, de las que se elogió que le daban un «sutil toque putón». Y al instante se pasó a hablar del tiempo.

Estaba claro que esa mujer gozaba de una personalidad lo suficientemente refinada y enrevesada como para permitirse el lujo, sin merma alguna de la autoestima y con conciencia plena de sus derechos y hasta de sus privilegios, de jugar a ser un poco puta. He ahí una mujer sin complejos, feminista

hasta decir basta, pero que no tiene ningún inconveniente en hacer de mujer-objeto.

Nadie puede hacerse una idea de la conmoción que me produjo ver en vivo y en directo una mujer que se permitía ser a la vez sujeto, objeto y lo que le diera la gana. Pensé, por supuesto, en cómo se habrían puesto las de Torremocha de haber sido invitadas a la fiesta. Me las imaginé con la falda hasta los tobillos, la cinta apache en la cabeza, las sandalias y el canasto. Seguro que habrían cargado contra la elegante con algo de este tenor:

«Sólo a una burguesa podrida de dinero, a una degenerada que ya no sabe qué hacer para entretenerse, se le puede pasar por la cabeza jugar con una cosa tan terrible como es la caída en el estado de mujer-objeto. Estas cosas, ni de broma. Y eso que quiero pensar, gilipollas de mierda, que no quieres ser puta; solo aparentar que lo eres; ni eso siquiera: seguro que lo único que quieres es aparentar que vas de puta. Pero todo esto es jugar con

fuego. ¿O no ves que con estas tonterías otorgas a la figura de la mujer-objeto un no sé qué de fascinante; que así le confieres el prestigio que sirve de contraseña para penetrar y hacer estragos en la conciencia de las mujeres menos avisadas? Así que quítate ahora mismo esos arreos infernales, y ponte esta ropa decente, nada chillona, muy cómoda, que traemos en una bolsa para emergencias como ésta. Se lleva mucho en los arrozales y en las universidades de China.»

Yo, que no tenía las ideas tan claras, opté por informarme de qué otras cosas les gustaba hacer a mujeres de esa categoría. Me hablaron de unas parisinas –la que menos, doctorada en semiología postcolonial por la universidad de Nanterre– que cobraban a sus maridos a cambio de follar; algunas, a desconocidos. Por jugar. En cosas así se nota la elegancia de un París, digan lo que digan las de Torremocha del Pinar.

DIECINUEVE

Ya he contado que contribuí en alguna medida a la lucha antifranquista, siempre en calidad de tonto útil. A la patria la serví en calidad de fusilero, una condición tan digna como la anterior. Eso fue en la isla de Tenerife.

Cuando bajé del avión militar que me había trasladado allí, a falta de azafatas de tierra, fui recibido por la Policía Militar. A patada limpia. Así empezaba mi periodo de instrucción en calidad de recluta del ejército español. No había pasado un mes desde mi licenciatura en filosofía. Otros no sé, pero un profesor de filosofía no suele dar patadas; tampoco suele gritar. Rara vez pasa del susurro y lo máximo que se atreve a pedir a sus estudiantes es que no lo pateen.

Comprenderán que el cambio de aires no me sentara nada bien.

Una vez en el campamento, me metieron en una fila kilométrica, esperando que abrieran la puerta del botiquín. Durante la espera un sanitario recorrió la fila hincando sin el menor miramiento dos agujas a cada uno de nosotros, una en cada brazo. A algunos les recorría un hilo de sangre hasta la mano. Mientras tanto el botiquín seguía cerrado. Más de un mozarrón, de éstos que tienen más fuerza que un tractor, se desmayó. Al cabo de un buen rato se abrió el botiquín, y el mismo sanitario nos fue inyectando las vacunas reglamentarias. Siguieron los desmayos.

A partir de ese momento, y durante los dos meses que duró la instrucción, estuve metido continuamente en una fila. Día y noche. Esa fila, al lado de otras, formaba parte de un pelotón, que a su vez formaba parte de una sección; la sección, de una compañía; la compañía, de un batallón, y el batallón, del regimiento. En total, unos tres mil hombres.

En lo más hondo de esa formación, hundido en un océano de reclutas tan indiscernibles como las gotas de agua, me pasaba el día desfilando, uno-dos, uno-dos, uno-dos; media vuelta; uno-dos, uno-dos, uno-dos; media vuelta... Durante dos meses.

Al principié no dudé de que iba a enloquecer por culpa del tratamiento de despersonalización al que me veía sometido. Estuve pensando hablar con el sargento para decirle, conforme a las enseñanzas recibidas en la facultad, que nadie debe ser tratado como una cosa, pues cada uno de nosotros – un recluta también– es una persona única en su género, un individuo al que se le debe un respeto absoluto. Lo consulté con los de mi pelotón, pero por las caras que pusieron no los vi muy por la labor. Tocaba, pues, callarse y aguantar. Hasta que no pudiera más y reventara.

Pero no reventé. Todo lo contrario, comenzó a gustarme todo aquello. Según pasaban los días, cada vez me daba más placer desfilarse,

siempre sin perder el paso, manteniendo la distancia con el de delante, atento a la vez a la línea que debía formar con los que marchaban a mis lados, y todo ello con garbo.

Pronto alcancé un estado mental gracias al cual podía estar horas y horas desfilando tan ricamente, en una sintonía perfecta con el regimiento, y éste con el universo. Me había despersonalizado de la cabeza a los pies. Mi disolución fue tan perfecta, que era incapaz de saber si era yo o el de al lado. Y tan contento.

Definitivamente, no iba a hablar con el sargento.

En la mili se hacían más cosas aparte de desfilas. Por ejemplo, sacar brillo a las botas, coser un botón de la camisa, tratar de usía a un coronel... Si quedaba tiempo, aún era posible pegar un par de tiros. Para ello el ejército disponía de algunos fusiles. A mí me tocó un día. No pueden imaginarse el gozo que se siente al disparar aunque sea a una diana; y, más que el de disparar, el de llevar el

fusil con gracia, la gorra medio rota y las correspondientes Ray-Ban de combate. Aún conservo unas fotos en las que da gloria ver cómo luzco esa indolencia rufianesca que hace las veces de distintivo de veteranía en el cuartel.

Y es que, vencidos los escrúpulos propios de un universitario, decidí disfrutar, ya que tenía que ser soldado, de fantasías de conquista y depredación.

Muchos de mis compañeros de armas se quejaban de que en la mili no se aprendía nada de provecho, como relaciones públicas, diseño gráfico, psicoterapia... No se habían enterado de que el único oficio que había que aprender allí era el de matar; siempre con el permiso de usía, claro está.

Fue en el cuartel donde descubrí que el dualismo era lo que mejor iba con mi forma de ser. No fue la estrategia bélica sino la contabilidad, con sus columnas en conflicto – entre los ingresos y los gastos, entre el debe y el haber– la que me convenció de las virtudes

del dualismo. En vez de ruido de sables o fragor de armas, lo que escuché en el cuartel fue el tableteo de las máquinas de escribir, ya que aquel ejército estaba compuesto en gran parte por unas brigadas de intervención mecanográfica en las que siempre brilló con luz propia el temple vigorosamente administrativo acreditado por todo militar español, más inclinado a hablar del escalafón que del combate.

El dualismo suena a cosa muy antigua y muy persa, algo que tiene que ver con una lucha entre cosas descomunales, como Ormuz y Arimán, el Bien y el Mal, el Ser y la Nada, y otras entidades igual de mayúsculas. Pero también es dualista la electrónica, que es digital, y lo es la política, en la que –da lo mismo que se enfrenten dos o doscientos partidos– lo importante es que unos mandan y otros desobedecen. Por dualismo queremos acercarnos al de arriba alejándonos del de abajo. También es doctrina muy binaria ésa que se resume en dos mandamientos: haz a

los demás lo que creas mejor; no dejes que ellos te hagan lo mismo.

VEINTE

De las cosas que pensé en la mili mientras mataba el tiempo saqué una antropología dualista con la que aún espero hacerme rico. Por si acaso la tengo patentada. Lo que viene a continuación es sólo una muestra.

Ustedes saben que una de las cosas que gozan de mejor prensa es el deseo. Superada la época en la que el deber hacía y deshacía a su antojo, hoy reina el deseo. Todos nos felicitamos de hacer las cosas por deseo y no por deber; por gusto y no por imposición. Vaya por donde vaya, el deseo es recibido con los mayores honores. Por todas partes se desea por encima de todo desear. Hay, sin embargo, una grieta en ese consenso. No todos entendemos lo mismo por deseo. Ni

siquiera la misma persona se refiere siempre a lo mismo con esa palabra.

El buen gobierno de nuestras vidas aconseja distinguir ambos deseos.

Está el deseo de toda la vida: comer cuando se tiene hambre, beber cuando aprieta la sed, rascarse allí donde pica, dar un manotazo a esa mosca que no se va... También entran dentro de esta categoría deseos como el de ir en coche, oler un perfume, oír a los niños cantores de Viena, escuchar a Castelar... Por razones que ya explicaré cuando me dé la gana, diré que es la carne la que tiene esos deseos, por muy elevados que sean.

Recuerden: la carne.

Y está ese deseo, nada concreto, de que nos dejen hacer lo que deseemos, cuando sepamos, clara está, qué deseamos. Puede que esto último no lo sepamos jamás; pero no nos importa: queremos saber ya, sea lo que sea lo que algún día nos dé por desear, que nadie nos impedirá que lo llevemos a cabo. Lo llamamos 'deseo', pero de lo que estamos

hablando es de la voluntad, y la voluntad es patrimonio del alma.

Recuerden: el alma.

Si el alma es libertaria, la carne es libertina; si el alma siempre va de riguroso desnudo, a la carne le gusta la lencería; si al alma le gustaría que el mundo fuera una playa nudista, la carne prefiere las discotecas. En cuanto de descuidas, la carne se ha puesto tacones.

El alma quiere ser sujeto de derechos; la carne, objeto de caricias. La carne tiene muchas ganas de comer; el alma las tiene de hacer lo que le dé la gana. Dejo para otro momento el análisis que permitirá saber definitivamente si la carne sólo quiere comer carne, y de la mejor calidad, o si le gusta todo. También fuma mucho. El alma es calvinista; la carne, católica y sensual. Lo que tiene el alma de transgresora, lo tiene la carne de acomodaticia. El alma se abstiene de votar, la carne se olvida. El alma es atlética, tensa,

airada; la carne, un poco entrada en carnes, es comodona, risueña.

El espíritu y el cuerpo, nombres con los que también son conocidos el alma y la carne, luchan entre sí por quedarse con el deseo. Es una pelea a muerte, en la que lleva las de ganar el primero por la sencilla razón de que no para de hablar. Lo lleva en la sangre. El cuerpo no dice nada. Lo poco que sabemos de él lo sabemos porque nos lo cuenta el espíritu, y él cuenta lo que le da la gana.

Por eso tienen tanto éxito sus propuestas. Hoy hasta un boticario alardea de que a él no hay quien lo meta en vereda, de ser tan libre y caprichoso como un dios de éstos que salen en la Ilíada, siempre dispuesto a saltarse todas las barreras que le pongan las convenciones sociales, a ponerse el mundo por montera cual lobo solitario y no pagar ningún recibo.

Lo que calla todo el mundo es que también da mucho gusto formar parte de un rebaño donde resguardarse, pertenecer a una cofradía donde santiguarse, obedecer,

confiar, depender... Sobre todo nos gusta mucho gustar. Gustar a otros, naturalmente, y para eso, naturalmente, tiene que haber otros.

En cambio, lo que quiere el alma es que no haya nada, y así no hay peligro de que algo pueda afectarla, estropear su autonomía. Si estuviera en su poder, el mundo ya se habría terminado. Con la nada le sobra. Por eso es tan ascética.

La carne es otra cosa. Se divierte con todo, todo le contenta. Ese buen natural le permite encontrarse bien en todas partes, empotrada en un regimiento que maniobra en un desierto africano, soportando las andas de la Macarena, alzando la pancarta en la manifestación. Así mismo es muy coqueta, por lo que procura, siempre que puede, enseñar el álbum de fotos, o el de pensamientos. Le encanta posar. Y es que forma parte de nuestro lado carnal querer ser mujer-objeto.

También es muy carnal ponerse a rezar. La carne ni siquiera necesita creer en lo que reza. Con que suene el órgano, se oigan las voces inmaculadas de unos novicios castrados y se haya derramado incienso, ella disfruta de lo lindo. Por eso –cosa que no le ocurre al alma– la carne puede ser muy tradicionalista. ¿Qué necesidad puede tener de eliminar ninguna tradición si en todas encuentra motivo para la burla, el juego y el engaño; si de todo hace un carnaval?

El alma, en un estado permanente de enfado, es cosa de jóvenes. Son ellos los que necesitan compensar las innumerables prohibiciones que les caen por tierra, mar y aire entregándose a sueños que rompan todos los límites imaginables. A esa edad, tan espiritual y atormentada, sólo se quiere desobedecer, ser libre. Pero, con el paso de los años, cuando llega un momento en que uno ya tiene llave de casa, y encima la casa es de él, y no de los padres, esas ansias de libertad pierden mucho fuelle. A nadie le apetece pasar la noche por ahí fuera, dando vueltas

por el infinito sin saber adónde ir, máxime
teniendo en casa un sofá y una televisión.

VEINTIUNO

Algunos años después de acabar la mili volví a Tenerife. Allí me enviaron tras superar un concurso de aspirantes que me habilitó como profesor de bachillerato. Resultó ser una estafa más del poder. La descubrí cuando fui a recoger el premio, y me dijeron que faltaba otro requisito. Entonces me enteré de que el dinero me lo darían mensualmente. Por si eso fuera poco, tenía que dar ni se sabe cuántas horas de clase antes de cada entrega. Se llegó al extremo de ponerme alumnos dentro del aula, es evidente que para vigilar si las daba.

El lugar donde me obligaron a darlas ya se lo pueden imaginar, puesto que todas las aulas son iguales: la pizarra, el mapa, el globo terráqueo; y los alumnos, claro. Por suerte,

mi estancia allí no pasó de ser una aventura laboral, nada serio. Una jubilación temprana lo arregló todo.

Cuántas veces recordé en aquel tiempo el juicio severo de mi maestro sobre «tantos a los que, con la cantidad de cosas que hay que hacer, no se les ocurre nada mejor que trabajar en el trabajo». No me atreví a seguir hasta el final esa senda que se adentra, temeraria, por las soledades del ocio más absoluto, quiero pensar que porque yo también tenía un ideal: no ser echado en seguida del trabajo.

Ya sé que a muchos les parece una meta poco ambiciosa. Con gente como tú –me echan en cara unos– el sistema no cambiará jamás; gente como tú –atacan otros– no llegará jamás a ninguna parte. Ni unos ni otros valoran debidamente cuán difícil es quedarte quieto cuando ha llegado a ser la propia moral de masas la que te invita a renovar continuamente todo lo que tienes, incluido tu

yo. Ser otro ya no tiene ningún mérito en esta época de rebajas.

Es natural que tanta movilidad despierte la añoranza de aquellos tiempos en que todo estaba bien clavado a su ser. Entonces gustaban las cosas rotundas. El estilo de los mensajes morales, por ejemplo. Se quería que fueran como martillazos. Su destino era convencer a la gente; no, ser publicados en revistas literarias.

La Antigüedad fue muy buena lanzando consignas. Recuerden si no la famosísima: «Diente por diente». Es algo que no exige mayores explicaciones. Y es difícil hacerse un lío en su aplicación. Al final has de tener el mismo número de dientes en cada mano: treinta y dos. La Edad Moderna ha perdido mucho de esa sencillez. Así, te encuentras con galimatías como éste: «Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin, y nunca sólo como un medio». ¡No, no y mil

veces no! Si el mensaje no es pegadizo, vale más callarse.

Éste sí es pegadizo: «El pueblo, unido, jamás será vencido». Es una consigna soberbia, o al menos lo era cuando la lanzaban los obreros junto con el adoquín, aunque quede un poco cursi cuando la cantan ahora, cogidos de la mano, chicos y chicas. En todo caso tiene la eficacia de los honestos anuncios de detergentes, o de embutidos, sin mohínes estilísticos.

También sigue suscitando la admiración de todos el laconismo heroico con el que los defensores de Madrid se limitaban a dejar bien claro: «No pasarán». Más directo, imposible. Y qué decir de aquella genial ventolera que llevó a tantos mozos, ibéricos cien por cien, a cambiar los tradicionales hurras al santo del lugar, o a la molinera, por unos inéditos y arrebatados vivas a Rusia.

Por desgracia, todo eso se acabó. Una concesión al gusto juvenil ha lanzado a la fama la frase ingeniosa, la pirueta, el

estrambote. Por ejemplo: «Sé realista, pide lo imposible». Para un concurso de creatividad está muy bien esa máxima moral; sin embargo, no es práctica, no sirve para la vida diaria. Otro ejemplo: «Prohibido prohibir». No me extrañaría que el día menos pensado el gusto desmesurado por la paradoja lleve a algún creativo a soltar un: «Viva la muerte».

Todas estas ocurrencias han llegado a los colegios.

Hubo un tiempo en el que el profesor ejercía su autoridad en clase de un modo inapelable, sin que ningún alumno osara rechistar. Vino otro en el que éstos empezaron a perder ese respeto paralizante. Al principio con la resistencia del profesor y después sin ella, los alumnos se fueron acostumbrando a hacer en el aula lo que les apetecía, y lo que más les apetecía era rugir y patear. Hoy esos alumnos ya son profesores, lo que explica que rugir y patear, cosas que un vez estuvieron prohibidas, y más tarde toleradas, hayan

pasado a la categoría de lo visto con simpatía, a la espera de que alcancen la de obligatorias.

Cosas así han puesto a los padres ante un dilema tremendo. Forma parte de lo que se entiende por bienestar social la costumbre de llevar a los hijos a la escuela, aun siendo conscientes de que, por algo que tiene que ver con lo que se entiende en ella por bienestar social, como es la prohibición de interrumpir la felicidad del alumno, no es en absoluto el lugar más adecuado para la formación de un joven.

Entre mis colegas del instituto tinerfeño al que fui destinado ya había comenzado a extenderse esa moral anémica que, por lo mismo que prohíbe prohibir, desaconseja dar consejos. El más comprometido que osaban dar a quien se lo pedía era el de que el peticionario hiciera lo que le pareciese mejor. En último extremo no iban más allá de insinuar una sugerencia, seguida de la de no seguirla al pie de la letra.

No admitió la sugerencia de recibir castigo alguno un alumno que un día se me echó encima al grito de: «¡Tú, puto godo, a Godilandia!». Naturalmente, dado que no lo admitió, no lo recibió. La izquierda no se atrevió a reprimir la libertad de expresión; la derecha sólo lamentó que se hubiera tuteado a un profesor, aunque éste fuera un puto godo. El director no era ni de una ni de otra, pero, como una y otra, no le dio mayor importancia a lo ocurrido. Le pareció uno de esos lances deportivos en los que a veces a uno se le va un poco la mano, más por un sano ardor juvenil que por maldad, y que se resuelven en el vestuario, sin expedientes ni legalismos innecesarios.

Es muy cierto que en los estadios se alaba al que, más por un sano ardor juvenil que por maldad, arranca de cuajo la cabeza del contrario, y luego chuta con ella; pero me extrañó que dirigiese un centro de enseñanza, donde yo creía entonces que los alumnos debían recibir algún tipo de formación moral, un sujeto cuyo criterio en estos asuntos se

alimentaba de los rugidos de la grada y al que se veía incapaz de enfrentarse a un problema más sutil que el de si el asesinato es bueno o malo.

La verdad es que, entonces igual que ahora, bastaba con no dedicarse a la docencia para saber en qué consiste una agresión y cómo hay que responder cuando se produce. Este conocimiento sí se tenía en un vecino abrevadero de alcohol frecuentado por los alumnos, un antro cuya honorabilidad era claramente mejorable, pero en el que no se toleraba nada que se aproximara a la agresión que había sufrido yo pocos metros más allá. Ante un episodio como ése, con su tufo bravucón, el camarero tenía formado un criterio más seguro que el de los enseñantes. Como profesional que era, aplicaba el protocolo sin contemplaciones, inmune a los espasmos empáticos del profesorado.

La existencia de muchos tugurios parecidos a aquél arroja una luz de esperanza. Quizá no debería preocuparnos mucho que en la

escuela se den, o dejen de darse, asignaturas como Valores I y Valores II. Se den o no se den, siempre habrá por ahí algún sitio donde se formarán los estudiantes.

VEINTIDOS

El instituto del que les he hablado se hallaba, y por allí seguirá más o menos, en La Orotava, una villa cuya fama internacional le viene de ser parada obligatoria para los turistas que, con el cuento de que les van a enseñar unas casas con unos balcones muy especiales, son conducidos a esa localidad y encerrados al punto en las tiendas de artesanía canaria, no toda hecha en Asia, que abundan en ella.

Cuando viví en La Orotava coexistían malamente, sin la armonía que manda Platón, tres castas. Me limitaré a mencionarlas y poco más.

Quedaba algo de una aristocracia que se pasaba el tiempo recordando con nostalgia que hasta hacía muy poco –como quien dice

anteayer— había sido la dueña absoluta de las tierras y de los que las cultivaban. Ahora sus vástagos, herederos de la nula disposición de la nobleza agraria a visitar un aula, tenían dos formas de entretenerse: subir la calle mayor con la moto a todo gas y bajarla también a todo gas.

En el mismo lugar se buscaban la vida, ante la mirada despectiva de sus antiguos dueños, algunos empresarios al por menor. Éstos mostraban mucho más interés que los aristócratas en la educación de los hijos. Reclamaban una enseñanza basada, como se dice ahora, en el mérito y la excelencia. El alumno debía poseer al final de su formación una gran habilidad contable, con los números escritos en un perfecto inglés, y una cierta capacidad para hablar bien de la cultura, esa cosa que sirve para disfrutar, con un libro en la mano, de una buena puesta de sol.

Y sobrevivía allá arriba, en mitad de la montaña, en lo más insalubre y tenebroso de la misma, encerrado en una nube eterna, un

gentío muy propenso al alcohol y algo menos al incesto, entre apático y violento. Por no abusar del sistema educativo no pretendía que su descendencia aprendiera algo más que el uso de la navaja.

Los de La Orotava tienen la costumbre de informar, allá por donde vayan, de que viven en medio de un valle paradisiaco, lo que se dice un bellezón de paisaje, en el que abunda una vegetación obesa, bien comida y bebida y con unas ganas locas de gustar. «Lo preside, majestuoso y solitario cual un dios ensimismado en su serena perfección, el padre Teide», tiene escrito el poeta municipal en su libro *Oh, Padre Teide*. Las puestas de sol que se ven desde el valle han ganado muchos concursos internacionales de paisaje, y es que en pocos sitios se pone el sol tan bien como allí, con unos colores de incendio y unos efectos especiales que hacen que se te ponga la carne de gallina, llores de la emoción y des brincos de alegría a poco sensible que seas, como dice muy bien el de la agencia de viajes.

Deberían completar el informe los de la Orotava haciendo saber que desde hace tiempo la villa es un eslabón más de una cadena semi-urbana, una especie de ciudad lineal que recorre buena parte de la isla, con una autopista haciendo las veces de calle mayor. Recuerdo muy bien cómo la pobreza de los materiales de construcción, principalmente unos bloques de hormigón poroso; las casas nunca terminadas, y la forma desordenada de ocupar el terreno daban a esa rara megalópolis un aspecto de purgatorio en desuso. Todo era impreciso en aquel lugar destartado: lo que tenías delante podía ser un almacén de electrodomésticos, un corral de gallinas, un salón de bodas, una vivienda... , qué sé yo.

Ahora es a mí a quien le toca completar el informe añadiendo que en mis últimas visitas a la isla he sido testigo de cómo han evolucionado las cosas para satisfacción de todos los interesados. La gente pone ahora más interés en la decoración del hogar. Ya no

se olvida de revocar y enlucir los muros, ni de poner barandillas en los balcones.

No sólo eso; hace algún tiempo las autoridades decidieron someter toda la isla a un reciclaje estético con el fin de dar respuesta a las exigencias del turismo moderno, tan puntilloso en cuestiones de vistas. Donde antes todo era gris ahora se puede disfrutar de una atmósfera intensamente caribeña gracias al colorido fuerte y variado de la pintura subvencionada. También ayuda el anclaje a las fachadas de unos balcones de estilo colonial y la incorporación de un tipo de balaustrada de sugerencias ultramarinas con el metro lineal a un precio muy competitivo. Se ha pensado adoquinar todas las calles, lo que incluye la autopista. Por ahora el Teide va a quedar como está; ya se verá más tarde qué se hace con él. Se da por hecho que con esos oportunos afeites la isla estará en condiciones de dar la bienvenida al turista más intransigente y rentable.

Pero –esto pasa siempre– ya se han alzado en las revistas culturales voces contrarias a la desaparición de una tradición constructiva cuya economía de medios, y muy especialmente el uso sincero, sin tapujos pequeño-burgueses, de materiales como la uralita, la hojalata y el cartón, la convierten en una alternativa sostenible a la arquitectura mercantil y mediática. Una vez más los intelectuales desdeñan el desdén que el pueblo tiene a lo popular.

Ahora que hablo de intelectuales me acuerdo de que conocí en La Orotava a algunos. Eran polivalentes. Tenían opiniones sobre todas las cosas. En consecuencia firmaban todo tipo de manifiestos. En aquella época le daban mucho al ecologismo. Una vez amasado el pan en el aula de alimentación, torneado el cántaro en el taller de cerámica, pintado el bisonte en el de pintura y hechos los ejercicios de respiración, no había cosa más apetecible, en su opinión, que acariciar a las hermanas fieras, a las que estaban dispuestos a consentir todo tipo de caprichos. Siempre

que podían visitaban en Icod de los Vinos a un árbol al que todo el mundo llamaba «el drago milenario». Los visitantes lo trataban con mucho respeto por su longevidad inaudita. Les daba igual que no hubiera hecho nada especial en su vida. Sólo engordar y engordar. Como los demás árboles.

No he olvidado la que liaron aquellos ecologistas para impedir que una finca dedicada al cultivo del plátano cayera en las garras de la especulación inmobiliaria. A base de coraje y de cabezonería lograron detener la operación urbanística, lo que constituyó para ellos «una derrota en toda regla de un capitalismo absolutamente ciego a lo que no sea el beneficio inmediato». Eso fue poco antes de que la platanera desapareciese a causa de una erupción volcánica.

y VEINTITRÉS

Aquellos militantes de la naturaleza tenían de ella una idea decorativa, paisajística, quizá porque nadie les habló de la gran física que, uniendo las doctrinas anteriores al diluvio con las posteriores a nuestra época en una verdad eterna, nos habla de creación y de destrucción.

Hoy conocemos bien el origen remoto de la cosmética ecológica. «Puede que algunos miembros de las Sociedades de Cazadores – están escuchando ustedes una vez más a mi maestro– perdieran a veces el temple que requería la alta misión que les había sido encomendada. La marcha de algunos socios de ánimo delicado y sensitivo quizá no estuvo acompañada siempre de la concentración

tensa y vigilante de quien no ceja hasta dar con su presa.

Nunca habían prestado mucha atención los cazadores a otra cosa que no fueran las marcas del animal perseguido: sus huellas, algún resto de pelo en los arbustos, el olor que deja en el ambiente. Pero ahora, con espíritu más paseante que depredador, alguno, que dudaría más de lo debido de sus posibilidades cazadoras, puede que distrajera su atención, y se parase a dar una patada a una piedra, a tirarla después lo más lejos posible, a mandar al perro a por ella... Alguna que otra vez, se detendría a oír el canto de algún ave, a observar una forma que, incluso sin comerla, le produciría una sensación placentera.

Fueron más lejos algunos en estas distracciones, y llegaron a desarrollar un sexto sentido que los dejaba como lelos, entregados a una admiración enervante de lo que bautizaron con el nombre de paisajes. El que fuera el terror de todos los animales se

convirtió en un mirón inofensivo, entregado a la caza de imágenes. Para ello convirtió su ojo en un dispositivo que hace clic.»

Fue también el maestro quien fulminó a los de esta parcialidad. Para ello le bastaron estas palabras definitivas, escritas no se sabe si antes de morir o cuándo:

«Campiñas, florestas y cascadas son restos de cataclismos minerales. Todo es huracán y fuego. Atraviesa los astros una furia titánica, una rabia de temblores; tempestades de hidrógeno recorren los espacios interestelares. Los fondos infernales presionan hacia fuera, hacia la luz, en empuje brutal, en ciego brote. El universo es un estallido, metralla cósmica.»

En mitad de ese fragor gigantesco – pregunto– ¿cabe pensar que le preocupe a la naturaleza, ni mucho ni poco, cómo pueda salir en la foto?

Pero basta ya de tanta naturaleza y tanto cosmos: que este libro es para hablar de mí y no del universo.

Indultado del trabajo por razones que no me da la gana contar –¿qué se han creído ustedes que son unas memorias?– y sin nada más que hacer en Canarias, me vine a Madrid, donde, una vez instalado, aproveché la ocasión de hallarme en una ciudad donde hay de todo para hacerme con una esposa y un hijo. Para la casa. No hubo ningún problema.

Aún me quedaron ganas de comprarme un apartamento en una playa de Valencia. No diré que lo compré en primera línea, porque eso sería mentir, y sólo se debe mentir cuando hace falta; pero sí en Cheste, a unos treinta kilómetros escasos.

Cuando me cansaba de la playa, cogía un par de maletas, la familia y el paraguas, y me iba de viaje, a visitar otras culturas. De Europa he visto prácticamente todos los miradores. De monumentos tampoco puedo quejarme. En Roma más que en ningún otro sitio los hay que son verdaderas preciosidades. Para mi sentir, el más bonito es el Coliseo. El hotel, en

cambio, regular, y la comida, francamente mala: todos los días, pasta.

Tierra Santa me conmovió mucho. Mi vivencia en el Calvario, poniéndome en el lugar de Cristo, es algo que no cambio por nada. A nivel de experiencia ha sido de lo mejor. La única pega es lo caro que sale montar en una cruz; no hay derecho a que te claven de ese modo.

Me faltan palabras para describir la elegancia, la clase, el saber estar de París. No saben ustedes lo bien que se lo puede pasar allí uno: navegando por el Sena a la luz de la luna, mientras el guía lee a Simone de Beauvoir; subiendo y bajando por la torre Eiffel con el corazón inundado por una sensación maravillosa de angustia existencial. Desde lo alto se ve un pueblo medieval que está a unos doscientos kilómetros. Pensando en los que quieran ver París, yo construiría en ese pueblo una torre igual de alta.

Pero viajar, como todo en esta vida, termina cansando. Además, el hombre no ha venido al

mundo a hacer y deshacer maletas. Dios habló de sudar, Buda de meditar, Lenin de hacer la revolución; ninguno de viajar. Yo me harté muy pronto de los viajes. Y más aún de ese empeño que tiene todo el mundo por vivir, cuanto más intensamente mejor, a tragantones si es posible. «Viva la vitalidad» te gritan desde la moto. Cuánta razón tenía el que afirmó que la vida es eso que te pasa cuando estás distraído con otras cosas; normalmente, pensando en vivir. Por si esto fuera poco, mi opinión sobre el jaleo ese de la vida no puede ser muy buena si se tiene en cuenta que siempre que me puse a vivir volví hecho un asco.

FIN

ESTA
PRIMERA EDICIÓN DE
**«A KANTAZO LIMPIO
MEMORIAS DE UN FILÓSOFO»**
SE COMPUSO EL
7 DE JUNIO DE 2016
UTILIZÁNDOSE PRINCIPALMENTE
EL TIPO DE LETRA
GEORGIA

No crean ustedes que busco su compasión si les digo que soy de Guadalajara. La razón de que vaya contándolo allá por donde voy es que desde muy pequeño me enseñaron a ir siempre con la verdad por delante. Pero no se trata sólo de una obligación. Cada vez que analizo el asunto a fondo, llego a la conclusión de que Guadalajara es una ciudad que me gusta mucho, me atrevería a decir que con locura, sobre todo cuando observo que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como cualquier ciudad. Y, como cualquiera, también la mía tiene dos partes claramente divididas: la una y la otra. Ambas me gustan por igual.



CHØPSUËY FANZINË ØN THË RØCKS